



Universidad de Chile  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Psicología  
Carrera de Psicología

## **“Introducción al concepto de violencia en psicoanálisis”**

Memoria teórica para optar al título de psicólogo

Autor:

Matías Nicolás Arias Púas

Profesor patrocinante:

Pablo Cabrera Pérez

**Santiago, 2015**

## **Agradecimientos**

*A mis padres, por su cuidado, pero sobre todo por su esfuerzo. A mi padre Luis por enseñarme que no se necesitan doctorados para darle espacio a la reflexión y el pensamiento y a mi madre María, por su lucha silenciosa, por su trabajo, por su cariño y por su preocupación.*

*A Sofía y sus manos. Por ser un eterno lugar de descanso. Por el cariño incondicional y la compañía. Por darme la posibilidad de seguir soñando en conjunto con aquel futuro que nos espera.*

*A mis amigos de siempre, "la mala junta". Samuel, Darío, Marcelo, Andrés, Fabian M. y Fabian C, por las risas, por las lagrimas, por cada momento que compartimos. Por los vasos que seguiremos alzando.*

*Al Mati, por darnos la posibilidad de (re)encontrarnos en su nombre.*

*A mis maestros, en especial a Pablo, Hugo y Matías. A Hugo por enseñarme los caminos en la lectura de Freud. A Matías por enseñarme algo más que psicoanálisis. A Pablo por enseñarme la importancia de la plasticidad y del pensar.*

*A Carolina, por ser una luz en aquella incursión llena de sombras que supone la aproximación a lo inconsciente. Gracias por todo lo que me enseñaste.*

*Y finalmente a mis compañeros de formación, con los que compartí clases, supervisiones, ayudantías, seminarios y grupos de estudio. Cada uno de aquellos encuentros y conversaciones están presentes de alguna manera en mis reflexiones.*

## Índice

Resumen.....	4
1. Introducción, antecedentes y presentación del problema.....	5
2. La violencia en Freud.....	11
2.1. La emergencia del sujeto, la importancia del otro.....	11
2.2. Freud y el lazo social.....	15
2.3. Quiebre del pacto, caída del otro.....	17
3. Sujeto del malestar, sujeto del perjuicio: el problema de la exclusión.....	20
4. Piera Aulagnier: Espacio de encuentro y violencia.....	30
5. Mignon, Dmitri Karamazov y la violencia que des(a)nuda.....	44
5.1. Entre Mignon y Dmitri: los recovecos de la violencia .....	45
6. Discusión y conclusiones.....	52
7. Referencias bibliográficas.....	59

## Resumen

La siguiente memoria es una revisión introductoria del concepto de violencia en la teoría psicoanalítica. El objetivo de la misma es poner a dialogar las teorías que desde el psicoanálisis se refieren a la violencia haciendo un recorrido que integre tres ejes: el malestar en la cultura, la pregunta por el sujeto de ese malestar, y como la violencia incide en la constitución psíquica de ese sujeto. Se integrarán dos figuras literarias de novelas de Goethe (“Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister”) y Dostoievski (“Los hermanos Karamazov”) que permitirán ejemplificar y al mismo tiempo tensar los postulados teóricos revisados en el escrito, con el objetivo de plantear preguntas que se respondan en el espacio clínico y terapéutico.

## 1.- Introducción, antecedentes y presentación del problema

Abarcar el concepto de violencia en todas sus dimensiones parece una tarea difícil, sobre todo pensando en la larga data que tiene el estudio del mismo, y en la confusión que se genera al relacionarlo con otros conceptos, como el de agresión por ejemplo. En psicoanálisis al parecer el concepto más desarrollado es el de agresión, que tiene directa relación con lo pulsional y que involucra lo individual y, por tanto, hace una referencia más directa a la clínica. Sin embargo, se hace patente incluir la dimensión de la violencia en las teorizaciones psicoanalíticas, debido al contexto histórico en el que nos encontramos situados hoy, y por sobretodo se hace necesario para pensar la clínica de la exclusión, situada en los límites del malestar en la cultura.

Desde este punto de vista, lo que se pretende en esta memoria es una revisión introductoria del concepto de violencia en psicoanálisis. Si bien Freud no se refiere estrictamente a la violencia en sus escritos, podemos vislumbrar algunas luces que nos sirven como primeros acercamientos en la oscuridad que autores posteriores tomarán y desarrollarán. Como una revisión introductoria, el objetivo de la investigación es poner a dialogar ciertas teorizaciones referidas a la violencia que nos permitirán pensar el concepto y, que al mismo tiempo, nazcan otras interrogantes referidas principalmente a la clínica y a la técnica psicoanalítica. Desde esta perspectiva y pensando en los objetivos específicos, se intentará realizar un recorrido que abarque tres ejes específicos: el malestar en la cultura, la pregunta por el sujeto de ese malestar y el lugar de la violencia en la constitución psíquica de ese sujeto. Conjunto con esto, se introducirá dos figuras literarias que permitan ampliar y complejizar la discusión respecto a la violencia.

Para poder realizar este recorrido, he decidido trabajar, en primer lugar, con los planteamientos freudianos que representan una base histórica y conceptual, dividido en dos partes que, a mi parecer, son elementales para pensar el concepto de violencia. Por un lado, el lugar de la violencia en el malestar en la cultura, y por otro, el problema de la pulsión –incluida la reelaboración teórica que Freud realiza con la pulsión de muerte- en la conformación y constitución psíquica del sujeto.

En una segunda instancia, se presentaran los postulados teóricos de Assoun, referidos al sujeto del malestar, que él define como el sujeto del perjuicio. Esto es

trascendental para poder pensar las consecuencias clínicas –caracterológicas- de la irrupción de la violencia.

Luego, revisaremos los aportes de Piera Aulagnier, referidos principalmente a la diferenciación de la violencia, identificando una violencia primaria que es necesaria y estructurante, y una violencia secundaria que avasalla y aplasta al yo que está en formación.

Y para terminar la revisión teórica, incluiré dos imágenes literarias, por un lado la de Mignon de la novela de Goethe “los años de aprendizaje de Wilhelm Meister” y por otro, la de Dmitri Karamazov de la novela de Dostoievski “los hermanos Karamazov”, que me ayudarán a ejemplificar los postulados teóricos presentados, pero, también, me permitirán poner en tensión los mismos con el objetivo de profundizar las nociones de violencia y al mismo tiempo formular nuevas preguntas referidas al concepto.

Con relación a los antecedentes, Cabrera (2012), en su trabajo “Actualidad de las piezas de museo: Freud y la ecuación etiológica ampliada”, señala que lo histórico convoca a la herencia con sus diversas dimensiones y es, precisamente, acá donde cruza la micro –la historia singular- y la macro historia –el papel que juega la cultura en la subjetivación-. Especifica también la importancia que tiene la creación de la barrera anti-estímulo –referido a los traumatismos- que señala Freud (1920) en más allá del principio de placer, poniendo énfasis en el encuentro con el otro, y con la realidad social. Esta barrera va a ser importante en la medida que protege al sujeto en su encuentro con la realidad, y es, justamente, en ese encuentro donde el otro juega un rol fundamental. Lo que acá me interesa destacar es el ámbito social que participa en la conformación de esta “barrera protectora”. Entonces, y a propósito de esto último, Cabrera nos va a decir: “...*la barrera protectora en un nivel social da cuenta de la condición de toda cultura regida por el derecho: la inscripción del pacto social*” (2012, p. 150).

Desde este punto de vista, se hace necesario reconocer que un sujeto sólo se estructura en relación; el sujeto propiamente tal siempre es producto de una historia –conjugada por la micro historia y la macro historia-.

Y uno de los conceptos clave que nace con este sujeto en relación, es el de violencia, sobre todo cuando se piensa en el sujeto puesto en la cultura y los efectos que tiene el quiebre del pacto simbólico que la sostiene (Freud, 1913b; 1915b; 1929). Foladori

(2000) muestra, que en el psicoanálisis muchas veces se confunde el concepto de violencia con el de agresión. Declara que la violencia tiene que ver con los sujetos de cultura, y señala que lo que caracteriza a la violencia es que la víctima no puede escapar de la acción del victimario, es decir, la víctima se halla a merced, lo que significa que está condenada de antemano. Y, a propósito, de esto Foladori señala: *“...el estar a merced no es una fórmula física que implicaría la ausencia de defensa, es también simbólica, es no poder salirse de las coordenadas de la situación, incluso en aquellos casos en los que no hay manifestaciones agresivas”*. (2000, p. 4). Este es el matiz que introduce la diferencia radical entre la violencia y la agresión.

Continuará diciendo: *“La violencia responde a una situación en la que los participantes no se encuentran en el mismo plano estructural, desde la perspectiva del lugar social que ocupan. La violencia supone un desfase entre los involucrados ya que uno ejerce un poder sobre otro. Pero dicho poder no es físico sino que tiene que ver con un determinado lugar; en las relaciones sociales”* (Foladori, 2000, pp. 4-5). En este contexto, el autor entrega el ejemplo de la policía, ya que ésta siempre está en condiciones de someter al ciudadano y este no puede escapar, por cuanto hay una normativa que así lo indica. Entonces, la violencia implica un lugar de poder, y este poder es otorgado por *delegación*.

En esta misma línea argumentativa Neumann y López: *“...en la violencia están implicados el desborde, la agresión que no cesa. A ello se agrega que la víctima se encuentra a merced del otro. No puede escapar de la situación, no sólo por la eficacia y poderío de los instrumentos. Más importante aún es que se encuentra sometido y sin salida alguna a las normas que sustentan el desbalance de poder. La violencia refiere al orden institucional”*. (2012, p. 46).

Esto es importante, sobre todo para presentar lo relacionado con el lugar de violencia que ocupa el analista y las consecuencias que tiene la violencia sobre la estructuración subjetiva, en un contexto de institución estatal. Como escribe Foladori *“...todas las instituciones del Estado son solidarias de la estructura misma del Estado, así colaboran en sostener que dicha forma de organización es la única, en tanto no existen visiblemente otras”* (2000, p. 5). De esta manera, las instituciones reproducen la violencia Estatal. La violencia está en el mismo acto de fundación de una institución, nos va a retratar el autor, a propósito de esta delegación de poder en la norma. La

institución, al igual que el suceso mítico de la fundación del Estado<sup>1</sup>, tiene la marca de la delegación y por este hecho, de la violencia.

Precisamente, lo que se introduce a este respecto es la pregunta por el quiebre de ese pacto y por los retoños de esos eventos trágicos. Me refiero a los quiebres que producen las situaciones totalitarias, y de qué manera eso ha tenido un impacto en las forma de establecer relaciones de los sujetos herederos de estas marcas.

Es importante pensar las consecuencias de la ruptura de aquel pacto. Es en base a esto, Cabrera (2015) en su texto “memoria del futuro” presentado en la conmemoración de los 40 años del Golpe de Estado en Chile, plantea los efectos que ha tenido en Chile este acontecimiento, pensando en el poder, en la normativa y en el silenciamiento. De esta manera, tomando a Tomás Moulián, *“el poder se organizaría en una aleación de lo jurídico y normativo, del poder sobre el cuerpo individual y de la producción de un saber que intentará armar una narrativa para justificar lo inadmisibile de la violencia”* (en Cabrera, 2015, p. 108). Sin embargo, una de sus consecuencias, es el silenciamiento. Este silenciamiento produce una desmemoria junto con un discurso de gobernabilidad. De esta forma, el silenciamiento se enlaza a las prácticas disciplinarias para generar esta última, para imponer una “falta de conflicto”. De esta manera, dice el autor, el miedo al otro, a la exclusión y la desconfianza general define parte de nuestra realidad social.

Muchas de estas reflexiones las volvemos a encontrar en el autor (Cabrera y Aceituno, 2014) en su texto *“Elementos introductorios para una clínica de lo traumático y su elaboración”*, en donde lo que se expone es el problema de pensar el malestar en los “límites” de la cultura, cuando el sujeto se encuentra frente al desamparo de la violencia del semejante, devenido extraño y cruel. Acá va a tomar importancia la conceptualización de Freud de la Pulsión de Muerte (Freud, 1920), en cuanto es la que apunta a desligar todo aquello que posibilita la vida psíquica y cultural. De esta manera, el avasallamiento pulsional que se produce en los estados de excepción sería un exceso de pulsión de muerte. Conjunto con esto, el problema de la introducción de la pulsión en el sujeto, nos lleva a la conceptualización de *lo originario*. Esto, referido a que en lo originario se anudan los procesos que le permiten al sujeto –gracias a la función del Otro-, situarse en cuanto tal al interior del pacto simbólico y la cultura. Lo traumático, en este esquema, produce el

---

<sup>1</sup> El mito de la horda primitiva.



desanudamiento de aquello que fue construido en lo originario, dejando al sujeto en un lugar de desvalimiento radical. Como señalan los autores:

*“Los efectos de ese encuentro entre lo traumático y lo que pone en juego del sujeto, terminará por interrumpir o devastar (parcial o totalmente) todo aquello que en lo originario, y luego, la represión de la sexualidad infantil, generó y constituyó de la trama subjetiva, así como los propios procesos de inscripción y simbolización que permitían darle una salida al orden pulsional, sea por la vía de la formación de síntoma, sea por la traducción de lo reprimido en el destino de la sublimación y el trabajo cultural”.* (Cabrera y Aceituno, 2014, p. 24-25).

De esta manera, y retomando la violencia de Estado, se podría sostener que ésta transgrede el pacto simbólico necesario en toda cultura. Los efectos de esta transgresión tienen que ver con la irrupción de los procesos elaborativos, así también como el daño en las propias condiciones de representabilidad de los mismos. Tomando a Käes, Cabrera sostendrá que la violencia se mide por lo que desanuda a nivel subjetivo y social. El daño producido afecta al propio lazo social, en sus palabras

*“El horizonte de esa violencia, se comprenderá en una temporalidad así como en sus efectos retroactivos. En los tiempos que inaugura las políticas del terror y en aquellos otros que dan continuidad a sus efectos en los tiempos de normalidad: se trata de la misma obra en dos escenas. (...)Y es que esa violencia política así como esta política de la violencia organiza su praxis en referencia a la desaparición y la denegación del sujeto. (...)En síntesis, esa política de la violencia, es violenta dado que niega aquel advenimiento, [del sujeto individual y colectivo] y por tanto, ella da cuenta de unas estrategias para generar gobernabilidad bajo la lógica del disciplinamiento”* (Cabrera, 2015, p. 111).

A propósito de esto, Neumann y López (2012), pensando en las consecuencias de esta violencia señalan: *“La violencia ejerce su impronta sin mediación en el cuerpo y la subjetividad. No busca canalizar las pulsiones, sino inhibirlas totalmente. Es un discurso sin voz, del orden de la censura y represión social. Deja un vacío, una carencia absoluta y no da lugar a ninguna construcción. Impide el reconocimiento mutuo de la alteridad, impulsa el cuerpo a cuerpo que sostiene la dominación del amo sobre el esclavo”* (2012,

p. 46). Lo anterior da paso a la pregunta: ¿Bajo qué forma esto se manifiesta en el espacio clínico?

Sobre esto, y basada en su experiencia con pacientes en la comuna de La Pintana, Soza (s/f) marca la importancia y la necesidad de *historizar la violencia*. Más que detenerse en los aspectos psicopatológicos de esos pacientes, se detiene en el peso de la historia. En este contexto, Soza plantea que la legalidad del Estado somete a los habitantes de los sectores marginados a cumplir con normas de trabajo, de remuneración, de salud, etc. que no tienen que ver con los intereses y las necesidades de los sujetos en cuestión. Muy por el contrario, va a decir la autora, es una legalidad que los violenta.

Además de esto, plantea que aunque las condiciones socioeconómicas cambien – es decir un cambio externo- las huellas, las marcas de la violencia permanecerán mientras no se den condiciones que permitan elaborarlas. Y pensando sobre todo en que es muy difícil que las condiciones externas varíen, es en ese proceso elaborativo, en donde los psicólogos pueden incidir. Entonces, la autora plantea que es de una historia traumática y traumatizante que los sujetos se tienen que curar. Para esto, entonces, es necesario que haya un proceso de historización de esa violencia a la que han sido sometidos. La historia “...es un intento del yo de interpretar un pasado que brinde coherencia a su presente y que le permita abrigar esperanza en un futuro, incluso el del día de mañana” (Soza, s/f, p. 6). De esta manera, “Iniciar un proceso terapéutico “que cure de la historia” es brindar al sujeto un Espacio y un tiempo, pero sobre todo una relación con un otro, a quien se la cuente y con quien logre simbolizar, poner en sentido, en palabras, los aspectos de esta que no se recuerdan si no es en actos, en repeticiones y síntomas” (Soza, s/f, p. 6).

Tomando en cuenta estas consideraciones teóricas y el contexto actual del Chile neoliberal es que aparece la pregunta por el concepto de violencia en el psicoanálisis, sus implicancias en el malestar en la cultura –de qué manera se anuda la violencia a ese malestar-, y cómo impacta en la constitución psíquica de los sujetos. Comenzaré mostrando la base teórica que se encuentra en Freud en relación a la violencia.

## 2.- La violencia en Freud.

Pensar un concepto de violencia explícito en la obra freudiana es una tarea bastante compleja, ya que Freud muy pocas veces se refiere a la violencia propiamente tal. Sin, embargo existen algunas claves de lectura que me permiten pensar en el lazo social, en su conformación y cómo la violencia –conjunto con el quiebre de ese pacto- se instala en la forma en que se manifiestan las relaciones sociales, en un determinado contexto de “exclusión”. Por esta razón, antes de pensar la violencia, es necesario hacer una contextualización de cómo se entiende el lazo social –y su construcción- desde el psicoanálisis, especialmente dentro de la obra freudiana.

### 2.1- La emergencia del sujeto, la importancia del otro.

Una de las frases más rescatadas de Freud es la siguiente: *“En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social...”* (Freud, 1921, p. 67). Pero ¿qué significa esta aseveración?

En el fondo, lo que quiere señalar Freud, es la imposibilidad de pensar al sujeto fuera de la cadena cultural. Es así, como el autor, pensando en la estructuración temprana del sujeto, va a señalar: *“El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta”* (Freud, 1914, p. 76).

Y es en este entramado cultural, donde el otro cumple un rol fundamental en la estructuración del sujeto. Primeramente, y desde el originario, la cría, a través de su relación con el otro, se va a insertar en la cultura y va a ocupar un determinado lugar al interior de la misma.

Si nos ceñimos a la lectura freudiana, se podría establecer –quizás de manera injusta- que no aparece la importancia que tiene el encuentro que sostiene la cría con el otro. Esto porque, al parecer, para Freud estos procesos son meramente evolutivos. Sin embargo, hay ciertos indicios que otorgan cimientos para pensar lo referido. Cuando Freud está pensando la problemática de la pulsión señala que, en primer lugar, el sujeto

quiere estar exento de todo estímulo que venga del exterior. A esta primera fase le denomina “narcisismo” y “autoerótica” a la posibilidad de satisfacción. Tarde o temprano, el sujeto se dará cuenta que no es capaz de satisfacerse por sí sólo y, además, desde el exterior se le otorgarán objetos, por lo que el yo presenta un nuevo desarrollo: pasará de ser un yo-realidad a un yo-placer. De esta manera los objetos que le entregan satisfacción los introyectará y los objetos que no se la entreguen, los expulsará. (Freud, 1915a).

Es en ese movimiento donde se introduce el otro en la dinámica, primero siendo totalmente externo, y luego haciéndose parte del yo, mediante el mecanismo de la introyección. Como señalará Freud (1915a), las vivencias derivadas de las pulsiones de autoconservación obligan a que el organismo reciba objetos del mundo exterior, y es en este encuentro donde se apuntala el placer –más allá de lo netamente conservativo-, se genera el deseo y se empiezan a dar los primeros pasos para que el pequeño sujeto se diferencie de la realidad. Así, Freud (1911) considera que después de un primer encuentro del niño con la satisfacción de una necesidad nutritiva, donde se apuntala el placer, quedará una huella imborrable, que la cría buscará re-vivir mediante la satisfacción alucinatoria. De esta forma, Freud nos va a acotar: *“Sólo la ausencia de la satisfacción esperada, el desengaño, trajo por consecuencia que se abandonase ese intento de satisfacción por vía alucinatoria. En lugar de él, el aparato psíquico debió resolverse a representar las constelaciones reales del mundo exterior y a procurar la alteración real. Así se introdujo un nuevo principio en la actividad psíquica; ya no se representó lo que era agradable, sino lo que era real, aunque fuese desagradable”* (Freud, 1911, p. 224).

Además, se puede encontrar otro guiño a la relación de la cría con el otro, en el texto de 1926 “Inhibición, síntoma y angustia”, en el que Freud conceptualiza el “trauma del nacimiento” como una situación de desvalimiento radical (Freud, 1926). Este sería un primer encuentro con la naturaleza y la cultura. En esta etapa ni siquiera existe la cría propiamente tal, ya que no existe una diferenciación entre un yo y un no-yo. En este origen, podríamos sostener que se encuentra “el ejemplo ejemplar” de una situación de desvalimiento. Sin embargo, en algún momento ese avasallamiento del ser logra la calma y se establece una marca en ese instante. De esta manera, podemos decir, que el trauma del nacimiento inaugura la relación del sujeto con el otro, en cuanto es este que sostiene y da pausa a ese avasallamiento pulsional que trae la cría.

Respecto a la angustia originaria, Cabrera, siguiendo una lectura freudiana del problema del encuentro entre la cría y el otro, va señalar que *“...lo que caracteriza al*

*tiempo de lo infantil es el desamparo real y su dependencia al Otro. Sin embargo, no es un recurso suficiente la presencia y cercanía del otro. En el encuentro entre la cría y el otro se ponen en movimiento procesos primarios muy complejos*” (2012, p. 144). Además de esto, el autor argumenta que el yo será consecuencia de una diferenciación del ello en su intercambio con el otro. Esta diferenciación implica dos andamiajes; por un lado se construirá una superficie física, un contorno que tiene que ver con el cuerpo y su diferenciación con el otro, y por otra parte está la creación de un espacio psíquico donde se puede simbolizar, como lo muestra Freud en el juego del fort/da y la negación (Cabrera, 2012).

Más allá de Freud, encontramos a la escuela inglesa, que desde sus inicios se cuestiona por el tiempo primitivo del sujeto. Entre ellos, Bion (1962) se realiza la pregunta por cómo se desarrolla un aparato –que denomina “pensar”- para manejar pensamientos, en el desarrollo primitivo de la cría. Acá radica la importancia que adquiere la madre en este ejercicio, ya que, como señala el autor, es la madre la que debe ser capaz de devolverle al niño su atemorizada personalidad, pero de manera que pueda tolerarla. *“Una incapacidad para tolerar la frustración puede obstruir el desarrollo de pensamientos y de una capacidad de pensar, aunque una capacidad de pensar disminuiría la sensación de frustración inherente a la apreciación de la distancia entre un deseo y su satisfacción”* (Bion, 1962, p. 156). Si la frustración puede ser tolerada, entonces se inician los procedimientos para que la cría pueda aprender de la experiencia, y de este modo, se genere este aparato de pensamientos (que también podría ser considerado como aparato representacional).

Entonces, para que se establezca este aparato representacional, es necesario que la cría y el Otro se encuentren, pero el simple y llano encuentro no garantiza el éxito del mismo, hay que tomar en consideración que en el desarrollo primitivo de la cría se juegan procesos complejos. Una de las cosas importante que tienen que ocurrir es que, precisamente, la cría tenga lugar pero ¿qué significa esto? Roberto Aceituno (2010) en su texto “Tener lugar”, se pregunta por el problema de la simbolización primaria, y cuáles son las condiciones necesarias para la representabilidad psíquica y social.

En este sentido, Aceituno define los procesos de simbolización primaria como *“...las condiciones necesarias a los mecanismo encargados de traducir la experiencia vivida en un campo de representancia y, desde ahí, en un espacio-tiempo de memoria, de pensamiento y de vinculación (o de revinculación) objetal”* (2010, p. 70). Dentro de

esto también, el autor va a resaltar la importancia que tiene la confianza que deposita la cría en la alteridad, ejercicio necesario para el sujeto en formación, para que él mismo no se pierda en los laberintos de su propio enclaustramiento. *“Esta relación al Otro –o desde el Otro- ha de ser pensada no sólo lógica o míticamente; ella involucra una presencia, un espacio donde este sujeto-otro, mediante su propia capacidad de juzgar –y de juzgarse-, permita en quien recibe originariamente sus marcas, sus inscripciones, sus identificaciones (primarias) la institución de una potencialidad de representación, de pensamiento, de juicio y de memoria”* (Aceituno, 2010, p. 75).

Entonces, en un primer momento, se trata más bien de la inscripción de un aparato de representatividad, donde interesa más su función que los contenidos que alberga. Este encuentro afortunado con el Otro, que permita el trabajo de pensamiento, ubicará a la cría en una relación a sí misma que le permitirá producir sus propias traducciones de lo que antes formaba parte de su realidad inmediata (Aceituno, 2010).

De esta manera, la cría experimenta algo así como un *avasallamiento pulsional*, en donde el Otro cumple la función fundamental de contener, de limitar algo que naturalmente tiende a extralimitarse. Para pensar esta problemática es necesario introducir uno de los conceptos más sombríos en la obra freudiana: *la pulsión de muerte* (Freud, 1920).

Es en el texto “más allá del principio de placer” donde aparece por primera vez el problema de la destructividad, que va a ser perentorio en la obra freudiana a partir de ese instante<sup>2</sup>. En este escrito el autor hace una reflexión de manera en que se articula la vida, haciendo hincapié en la formación de una “protección antiestímulo”, señalando que la sustancia viva sería *aniquilada por la acción de los estímulos que parten del mundo exterior*<sup>3</sup> si no fuera por esta barrera. Y es a partir de la formación de esta barrera antiestímulo, que Freud va a definir lo traumático como “excitaciones externas que poseen la fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo”, complementando que esta perforación produciría una perturbación enorme en la economía energética del organismo (Freud, 1920).

---

<sup>2</sup> Es importante remarcar la importancia que tiene la “Gran Guerra” en estos planteamientos de Freud, ya que como vamos a revisar más adelante, la caída del pacto social remece de una manera particular a Freud y sus postulados futuros.

<sup>3</sup> El subrayado es mío.

La falta de protección antiestímulo hace emerger el problema de la pulsión. Lo que sucede en estos casos es un avasallamiento pulsional, es decir, el sujeto es incapaz de ligar la excitación de las pulsiones. En un primer momento el aparato anímico tiene la tarea de dominar o ligar dicha excitación, y es en este desarrollo donde el Otro encarna ese rol fundamental. A partir de esto, Freud va a conceptualizar las pulsiones de vida y de muerte; las primeras aspiran a ligar, a cohesionar todo lo viviente, por el contrario, las segundas aspiran a *desgarrar*, a desligar aquello que una vez fue cohesionado. Además de esto, hay que tener en consideración lo que señala Cabrera (2012), respecto a la dimensión social de esta barrera antiestímulo: *la inscripción del pacto social*.

Esto abre la posibilidad de pensar al Otro, no sólo como la presencia real de la madre, por ejemplo, sino como el Otro que contiene al entramado cultural. Y es, a partir de esto que se hace pertinente la pregunta por la problemática del lazo social, su constitución, los respectivos quiebres y fracturas, y las posteriores consecuencias.

## 2.2- Freud y el lazo social.

En primer lugar, es menester mencionar que el vivir en sociedad supone un precio para los individuos que la habitan. Este precio se paga respecto a la destructibilidad del individuo, ya que sin cultura, se produciría la barbarie. Esto implica una renuncia pulsional por parte de los sujetos que se adhieren a la cultura, por lo cual no existe cultura sin malestar. Sin embargo, esta pregunta por el malestar es necesaria situarla mediante una clave histórica, es decir, implica pensarla en dos tiempos: el presente y el pasado.

Freud interpreta la vida social y cultural a partir de una experiencia clínica: la transferencia, donde la identificación será la dinámica social por excelencia. No hay relación al otro si no es por la identificación, soy alguien en virtud que me he relacionado con ese otro. Freud señalará (1921) que la identificación se basa principalmente en la conservación de las características del objeto amado en el propio yo del sujeto. De esta forma, al perder un objeto, como no puedo conservarlo de manera material, adhiero parte de ese objeto en mi yo propio. Ésta sería la dinámica esencial en la conformación de la sociedad y la cultura.

La concepción de lo social en el psicoanálisis freudiano sigue una lógica bastante clásica en el sentido de una cierta filosofía política de una lectura de Hobbes. Existe una idea de que los individuos se organizan en torno a la identificación de un ideal y, al mismo

tiempo, en la identificación con el grupo. Esta identificación del ideal común adquiere la forma de un padre, ante lo cual se aprecia que el modelo de Freud se sostiene, por una parte, en un vínculo fraterno referido a un padre común.

El texto mediante el cual Freud (1913b) trabaja este problema es Totem y Tabú, donde señalará que además de esta identificación fraterna respecto a un padre, también es necesario (o lo fue en un momento mítico de la historia de la civilización) que ocurra un hecho catastrófico: el asesinato del padre por parte de los hermanos. Como escribe Freud (1913), es la ambivalencia de sentimientos que los hermanos sienten en torno al padre (amor/odio) lo que hace que al asesinarlo se erija la figura de un tótem y se idealice su lugar. Ante esto, los hermanos toman la determinación de establecer los dos Tabúes trascendentales para el inicio de la civilización y la cultura: La prohibición del incesto y la prohibición del asesinato al padre. Curiosamente, estos dos tabúes coinciden con las prohibiciones que atraviesa Edipo en la tragedia griega y que lo llevan a tan basto sufrimiento. Son estas dos prohibiciones, también, las que se desprenderán en el sujeto individual una vez que se sortea el complejo de Edipo freudiano. Es decir, Freud plantea una concepción para el origen del sujeto y una concepción para el origen de la cultura que es la misma: el complejo de Edipo. Estas dos prohibiciones fundamentales en la cultura dan la posibilidad de establecerse en torno a un Estado de Derecho, bajo la sujeción de una ley. Es, a propósito de esa ley, que podemos reconocer a un otro en tanto otro.

Esto es trascendental para el problema que voy a trabajar, ya que en el mito de la horda primitiva, lo que permite a los hermanos organizarse en torno al asesinato del padre es, precisamente, el reconocimiento que ellos tienen de ellos mismos como “iguales”, es decir, este proceso identificatorio es el que permite que se funde la ley -bajo el hecho catastrófico del asesinato del padre- además del inicio de la civilización. Es este pacto entre hermanos que se reconocen como iguales, el que va a fundar el lazo social.

Son estas prohibiciones y las distintas renunciaciones pulsionales que el sujeto tiene que experimentar durante su existencia, las que generan el malestar. Esto, Freud lo trabajará en su escrito “El malestar en la cultura” (1929), donde define el malestar como una forma en que se expresa la angustia en la subjetividad. Este malestar se refiere principalmente a cómo el sujeto brega con la realidad externa y con sus pulsiones internas. En relación a los peligros externos Freud (1926) denominará a esta angustia “la angustia real”, en relación a las pulsiones internas del sujeto Freud le denominará a esa angustia “la angustia neurótica”. Y, además de eso, habría un tercer tipo de angustia: “la



angustia originaria”, la que tendría relación con la angustia que siente el sujeto antes de poder hacer inscripciones mnémicas en su aparato psíquico. El problema trascendental para Freud (1929), es que el sujeto siempre tendrá que realizar un trabajo para transformar lo pulsional en un objeto cultural y es esto, lo que no está exento de malestar.

Freud (1929) va a señalar que la inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma y originaria en el ser humano. En un principio es muy difícil hacerse de esta idea, y manifiesta sus propias defensas respecto a la misma, cuando la destructividad empezó a aparecer en el trabajo analítico. Recurre a la literatura para expresar esta resistencia, citando a Goethe: *“En efecto, a los niños no les gusta oír que se les mencione la inclinación innata del ser humano al mal, a la agresión, la destrucción y, con ellas, también a la crueldad”* (Freud, 1929, p. 116). Esta inclinación a la agresión por parte de los seres humanos, sería la principal dificultad para la cultura. De esta manera, la cultura *“...sería un proceso al servicio del Eros, que quiere reunir a los individuos aislados, luego a las familias, después a etnias, pueblos, naciones, en una gran unidad: la humanidad”* (Freud, 1929, p. 117). Entonces, podemos pensar un proceso homólogo respecto a lo que sucede con la cría y la humanidad. Ahí donde la pulsión avasalla, la cultura al servicio del Eros, intenta aunar y ligar. Esta renuncia pulsional necesaria en el sujeto para sumergirse en la cultura, es trascendental y se relaciona directamente con la inscripción del pacto simbólico. Este es el malestar *en* la cultura. Sin embargo, ante esto nace la pregunta por el malestar en los límites de la cultura, cuando existe un quiebre del pacto simbólico. ¿Cuáles son las consecuencias psíquicas y sociales, cuando el ente que debe velar por la unión y el anudamiento es el que desanuda y fragmenta? Uno de los primeros momentos donde ocurre este hecho es la Primera Guerra Mundial, y posterior a este evento se quiebra sistemáticamente. Como ejemplos tenemos la Segunda Guerra Mundial, y en el caso de Latinoamérica y más próximos, son las dictaduras en los años en que el socialismo se expandía por el continente. Cada uno de estos eventos, tiene ciertas especificidades que no puedo desconocer, sin embargo, reconozco este hecho común: *el quiebre del pacto por parte del ente que debe resguardarlo.*

### 2.3.- Quiebre del pacto, caída del otro.

Como mencioné anteriormente, Freud comienza a preocuparse de “la Gran historia” desde que escribe “Totem y tabú” en el año 1913, y dos años después, en el apogeo de la primera Guerra Mundial, Freud (1915b), describe la desilusión que le produce este evento, pero ¿Qué aspecto de la primera guerra mundial es lo que

desilusiona a Freud? En el fondo, esta pregunta es por la especificidad que tiene el evento. Lo que provoca su desilusión es el quiebre de aquel pacto que mencioné anteriormente, el quiebre de las elevadas normas éticas que las naciones imponen a los sujetos para formar parte de la comunidad de la cultura. Aquí entra entonces, la figura del Estado, el cual nace con este pacto, mismo que funda el lazo social, y que media las relaciones intersubjetivas. El rol del Estado es garantizar el cumplimiento de ese pacto, no puede ser él mismo, el agente que provoque su ruptura. En esa situación entonces, el sujeto queda en un lugar de desvalimiento. Al mismo tiempo que el Estado rompe con el pacto, se fracturan los lazos libidinales que unen a los sujetos, es decir, hay una fractura en el lazo social.

El Otro –en este caso el Estado- que tiene que asegurar que el pacto se mantenga, deja a la deriva a los sujetos que conforman el conjunto social. El tótem levantado, la marca de esa ley fundante de la civilización, le da la espalda a sus fieles, los abandona. Entonces, impera la des-confianza, y los horrores son cometidos porque la comunidad suprime el reproche. *“Una vez que la comunidad suprime el reproche, cesa también la sofocación de los malos apetitos”* (Freud, 1915b, p. 282). La des-confianza impera sobre el Otro social.

Y este es el elemento distintivo que resalta Freud para postular que este suceso era un evento primigenio en la historia de la humanidad. Sin embargo, una vez que el pacto se quiebra con la irrupción de la primera guerra mundial, el pacto se rompe sistemáticamente a lo largo del siglo XX y XXI.

Es importante sostener, sin embargo, que existen diferencias entre los tiempos totalitarios, y los tiempos en que sus retoños hacen efectos<sup>4</sup>. Entonces, cae la pregunta ¿de qué se trata la ruptura del pacto en la actualidad? Una de estas respuestas puede estar dada por la intromisión del Estado en los sectores más vulnerables, en donde precisamente este agente cruza al otro a través de la violencia institucional.

En este contexto, ¿Dónde cae el sujeto excluido? ¿Qué significa ser sujeto excluido? Si tomamos la premisa de que la exclusión tiene que ver con la diferencia –esa

---

<sup>4</sup>Es importante hacer esta distinción, ya que los tiempos totalitarios, dejan huellas. En el caso de Chile, la dictadura militar de Augusto Pinochet dejó muchas huellas a nivel psíquico, pero además repercutió directamente en muchas de las leyes que rigen a la ciudadanía a través de la constitución de 1980. Es importante entonces, reconocer que esos retoños siguen haciendo efectos, en este caso en la práctica psicoterapéutica.

diferencia que rememora la castración-, entonces encontramos en “Psicología de las masas y análisis del yo” (Freud, 1921), otra clave de lectura que nos permite profundizar en esta problemática. Cuando Freud (1921), habla de la iglesia y el ejército como dos masas artificiales, hace una salvedad precisamente de esta diferencia, caracterizada por el sujeto extranjero. Como señala Freud (1921), la unión de estos dos grupos, que aunque parecen diferentes comparten esta característica, está dada por la ilusión de que existe un jefe –en este lugar podríamos situar al Estado por ejemplo- que ama por igual a todos los individuos de la masa. *“De esta ilusión depende todo; si se la deja disipar, al punto se descomponen”*[la masa] (1921, p. 90).

También, en este texto Freud va a plantear, refiriéndose a la iglesia, que para las personas que no están dentro de la comunidad religiosa, los sentimientos de los fieles son hostiles y despiadados. Los sujetos que quedan fuera de esta comunidad, son los que no aman ni son amados por el padre, que en este caso es Cristo. Para el sujeto excluido de la comunidad el destino es la violencia. Como señala Freud: *“En el fondo, cada religión es de amor por todos aquellos a quienes abraza, y está pronta a la crueldad y la intolerancia hacia quienes no son sus miembros”* (1921, p. 94).

Si extrapolamos la reflexión que toma Freud respecto a la iglesia, y la ponemos en la realidad social, podríamos sostener que hoy en día esa violencia recae en el sujeto excluido que, en el fondo, es aquel que recuerda la diferencia y la castración. Y es aquí, donde entra la reflexión por la pregunta clínica respecto a la atención psicológica en contextos de violencia, abriendo la pregunta: ¿De qué manera repercute esto en la clínica?

Antes de pensar en la escucha y el lugar del analista frente a esto, es necesario conceptualizar al sujeto, profundizando la noción freudiana en la cual el sujeto es conflicto, tomando las especificidades que toma el malestar en la actualidad, y el peso que tiene el significante “excluido”.

### 3.- Sujeto del malestar, sujeto del perjuicio: el problema de la exclusión.

Las nociones de pobreza, exclusión o vulnerabilidad, han estado en boga sobre todo para impulsar ciertas políticas públicas, para identificar “hacia qué sectores” debe dirigirse la ayuda y la protección estatal. Sin embargo, hasta el día de hoy existen problemas con estos tres conceptos. Cada uno de ellos ha sucedido al otro buscando complejizar la realidad que se quiere explicar. Por un lado, la pobreza se basa en mediciones respecto a la privación por falta de ingresos. Esto tiene el problema de definir de manera homogénea colectivos que son heterogéneos. Por otra parte, la exclusión hace referencia a un proceso de debilitamiento de los vínculos sociales que unen al individuo con la comunidad y la sociedad, dificultando la posibilidad de intercambio material y simbólico. Por último, la noción de vulnerabilidad se traslapa en varios aspectos con el concepto de exclusión, sin embargo hace referencia a las condiciones de los individuos, hogares y/o comunidades que tienen mayor probabilidad de ser afectados de forma negativa y con menor capacidad de respuesta ante cambios del entorno (Busso, 2001).

La introducción del concepto de vulnerabilidad, busca establecer una relación dialéctica entre lo interno y lo externo, en el sentido de los problemas que manifiesta el ambiente y las estrategias que tomarían los sujetos frente a esos problemas. Además de esto, se incluyen las posibilidades que el Estado y la sociedad civil otorgan a estos sujetos. Dependiendo de estos tres elementos se podría establecer el lugar en el que cae el sujeto respecto a la vulnerabilidad. Uno de los principales problemas que presenta esta noción de vulnerabilidad la devela Sonia Pérez y Catalina Arteaga (2011), señalando que tal perspectiva “...*asume que la elección de determinados recursos y el aprovechamiento de oportunidades obedece a consideraciones racionales y conscientes, del tipo calculo costo/beneficio o recursos disponibles/oportunidades ofrecidas; racionalidad que responde más bien a códigos modernos de individualismo y de la posibilidad de control del entorno a través de la razón*” (p. 71). Si bien las autoras hacen esta crítica desde otro lugar diverso del psicoanálisis, me parece pertinente tomar esto, sobre todo lo referido al problema de las condiciones racionales. Es aquí, donde entra el problema de lo Inconsciente, y se hace pertinente repensar el sujeto del malestar en la actualidad, profundizando la noción freudiana de sujeto.

Uno de los autores que se realiza esta pregunta es Paul Laurent Assoun (1999), tomando la interrogante goethiana ¿Qué te han hecho, a ti, pobre niño?<sup>5</sup> Haciendo alusión a un cierto perjuicio que se sitúa en el origen del sujeto. Se hace necesario volver a pensar esta pregunta, debido a que la figura del perjuicio está en el centro de la enfermedad de la civilización, es decir, en el centro del malestar en la cultura. Al mismo tiempo, esta pregunta se juega en dos tiempos: por un lado el aquí y el ahora que nos lleva a interrogar el síntoma colectivo y por otro la pregunta antigua referido a lo originario infantil.

La clínica, va a señalar el autor (Assoun, 1999), muestra un cierto sentimiento de perjuicio en los pacientes que se articula en una posición subjetiva *perjudicial*. Esto organiza su estilo de vida inconsciente y su estar en el mundo en relación a los demás. Esta pregunta extraída del texto goethiano, se encuentra en relación a un personaje en particular: *Mignon*. Este personaje encarna un trauma oscuro, pero que provoca una compasión fascinada en Wilhelm Meister, quien se propone ser su salvador. Lo que destaca el autor de este personaje de Goethe, es el carácter encantador que tiene la traumatizada. El autor se hace la pregunta ¿por qué Goethe dotó de una encarnación tan linda al ser traumático?

*“La indigencia de Mignon parece destinada a proporcionarle al viajero la energía para seguir su ruta, para realizar su deseo, en tanto que ella morirá de nostalgia sin tocar la tierra prometida”* (Assoun, 1999, p. 10). De la misma manera, Salmerón (2008) en la introducción que realiza de la novela, pone al personaje de Mignon en el lugar de lo demónico. Señala que Mignon se niega a hacer la “danza sobre huevos” y, es por esta razón que, Wilhelm Meister la protege de la agresión de su jefe, comprando su libertad para adoptarla. *“Entre Mignon y el protagonista se establece una relación de dependencia afectiva: ella intenta resarcirle a él de su liberación y se pone a su servicio. Él necesita del ser indómito y misterioso de la niña.”* (Salmerón, 2008, pp. 42-43). Otro aspecto importante, es que Mignon sólo hará su danza para quien ella estime. La hará para Wilhelm en privado, pero se negará a hacerla para un Conde, por ejemplo. Para terminar el argumento, el autor señalará que en cuanto demon la figura de Mignon consiste en el ocultamiento, porque a ella se ha adherido el misterio mismo de la vida, de ahí que en la novela este personaje relate “poesías íntimas” que más que reflejar la nostalgia de la totalidad, van a reflejar la nostalgia *en la totalidad*. Si en el espacio clínico nos

---

<sup>5</sup> Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister

encontramos con pequeños mignones en nuestros pacientes, entonces el peligro de maravillarse ante la miseria de los sujetos excluidos, es encriptar al paciente en ese lugar de indefensión, de miseria, para realizar el deseo personal de salvar al otro. Deseo que, al cumplirse, permite situarse “más allá” de la castración. Es una especie de vuelco, como si evocar la castración en el otro –en el paciente- situara al clínico más allá de esta. De esta forma, designar al excluido, darle una forma, otorgarle un cuerpo ¿de qué nos previene? ¿De la propia interrogante sobre aquel perjuicio de origen?

Siguiendo con el argumento, el autor señala que la pregunta freudiana respecto a este perjuicio originario pasa del ¿qué te han hecho, a ti, pobre niño? Al ¿Qué te han hecho a ti como niño? Que en realidad, es un decurso necesario para abrir y situar la verdadera pregunta clínica ¿qué vas a hacer tú con lo que te han hecho? La línea de resistencia que plantea el autor, respecto a la inclusión de esta pregunta en el espacio clínico, es la (auto) idealización del perjuicio en estos sujetos definidos como “excluidos” (Assoun, 1999).

Antes de continuar con el argumento que entrega el autor, me gustaría volver a traer a Freud, respecto a la pregunta clínica del psicoanálisis con pobres<sup>6</sup>. En pleno periodo de expansión el psicoanálisis, se plantea la tarea de organizar un compendio que incluya reflexiones sobre la técnica analítica. En uno de esos textos, en una pequeña reflexión Freud (1913a) plantea las dificultades inherentes en el tratamiento con personas pobres. De esta manera escribe:

*“Uno puede situarse muy lejos de la condena ascética del dinero y, sin embargo, lamentar que la terapia analítica, por razones tanto externas como internas, sea casi inasequible para los pobres. Poco es lo que se puede hacer para remediarlo. Quizás acierte la muy difundida tesis de que es más difícil que caiga víctima de la neurosis aquel a quien el **apremio de la vida** compele a trabajar duro. Pero otra incuestionable experiencia nos dice que es muy difícil sacar al pobre de la neurosis una vez que la ha producido. Son demasiado buenos los servicios que le presta en la lucha por la **afirmación de sí**, y le aporta una ganancia secundaria de la enfermedad demasiado sustantiva.”* (p. 134).

---

<sup>6</sup> Vamos a entender en este caso “pobres” como sinónimo de excluidos y de vulnerables.

Es importante en este caso, hacer una distinción entre ganancia primaria y ganancia secundaria de la enfermedad. Ya en el caso Dora, en una nota al pie, Freud (1905) va a señalar que toda contracción de neurosis implica una ganancia. La enfermedad se presenta como la solución económicamente más cómoda frente a un conflicto psíquico. Sin embargo, Freud (1916b) también va a señalar, que por más que en un primer momento parezca que el yo “ha hecho un buen negocio”, finalmente se desprende de esta experiencia del síntoma, el dolor que a largo plazo le produce al yo. Freud va a continuar con el argumento, diciendo que pasado el tiempo, esto se desarrolla de manera autónoma, creando algo así como una pulsión de autoconservación de la enfermedad, desarrollando un “modus vivendi” entre ella y otras secciones de la vida anímica. En esta evolución –por llamarlo de alguna manera-, no faltaran otras ocasiones de aprovechamiento, una “función secundaria” que le de fuerza nuevamente a su existencia. Va a finalizar diciendo: *“Lo que en el caso de la neurosis corresponde a esa clase de aprovechamiento secundario de la enfermedad podemos adjuntarlo, como ganancia secundaria, a la primaria que ella proporciona”*. (Freud, 1916b, p. 350).

Podemos ver, entonces, cómo estas ganancias se conjugan en dos tiempos diferentes. Puedo aseverar, que la ganancia secundaria de la enfermedad, solo se puede situar cuando existe una conquista por parte de la ganancia primaria. De esta manera, se presenta un desafío mucho más trabajoso para el analista, y de este acontecimiento es que Freud plantea la dificultad, rozando la imposibilidad, de la clínica analítica con pobres –cuando estos contraen la neurosis-.

Pensando precisamente en esta dificultad, es que Assoun (1999) plantea como principal resistencia la (auto) idealización de este perjuicio. Parece paradójica la idea de que el ideal se tome de un perjuicio, pero el ideal designa la falta que viene a suplir. De esta manera, la subjetividad perjudicada encuentra en su propia falta la posibilidad de (re) ganar la fuerza de su propia fundación. El sujeto perjudicado pasa del pensamiento de su falta a su idealización mediante la posición de excepción.

El autor retorna a Freud para plantear esta posición de excepción. Freud (1916a) va a señalar que existe cierto momento en el análisis en que el terapeuta se encuentra con una resistencia particular, que tiene que ver con el carácter del paciente. Señala que, por más que el analista se preocupe de otras cosas en un principio, como el significado de los síntomas o las mociones pulsionales que se encuentran tras ellos, en el momento en que esta resistencia caracterológica aflora, se vuelve preponderante y hace que

recaiga toda la atención sobre la misma. El autor plantea que en el espacio analítico, el analizado, bajo la guía del médico, debe realizar ese avance desde el principio de placer hasta el principio de realidad, poniendo hincapié que ese hecho es lo que diferencia al hombre maduro del niño. Esto implica que el enfermo renuncie a ciertas ganancias de placer que producen un perjuicio para realizar ese camino. Sin embargo, existen algunos sujetos que se resisten a realizar esas renunciaciones, argumentando que son excepciones. El autor escribe:

*“Si del enfermo se exige así una renuncia provisional o alguna satisfacción placentera, un sacrificio, una aquiescencia a aceptar por un tiempo un sufrimiento a cambio de una finalidad mejor, o aun sólo la decisión de someterse a una necesidad que vale para todos, se tropieza con individuos que con alguna motivación particular se revuelven contra esa propuesta. Dicen que han sufrido y se han privado bastante, que tienen un derecho a que se los excuse de ulteriores requerimientos, y que no se someten más a ninguna necesidad desagradable pues ellos son **excepciones y piensan seguir siéndolo.**”* (Freud, 1916a, pp. 319-320).

El autor, va a continuar señalando que la neurosis, en estos casos, se anuda en una vivencia o un sufrimiento que había afectado a los sujetos en la primera infancia, del cual estos se sabían inocentes y pudieron estimar como un perjuicio injusto inferido a su persona. Estos privilegios, que se dieron producto de aquella injusticia, contribuyeron a agudizar los conflictos que más tarde llevaron al estallido de la neurosis (Freud, 1916a). Para ejemplificar este tipo de carácter, Freud recurre a un personaje de Shakespeare: Ricardo III. Este adefesio de la de la humanidad hecho carne, reclama al público estar más allá de la ley, producto de la injusticia que la naturaleza realiza para con él. Lo que me gustaría rescatar de este personaje, es la insospechada simpatía que produce en los espectadores, como si el público justificara este “estar más allá de la ley” debido a este perjuicio de origen. Como señala Freud: *“Ricardo es una magnificación gigantesca de este aspecto que descubrimos también en nosotros”* (1916a, p. 322). Pareciera ser que Shakespeare busca mediante el ocultamiento de los reales fines de Ricardo III, generar esa “simpatía por perjuicio de origen” del espectador. De esta manera, señala Freud (1916), apela a la actividad espiritual del espectador, esto hace que el mismo se aparte del pensamiento crítico y permanezca identificado con el héroe.



Ricardo III, al igual que Mignon, comparten ese carácter encantador que se esconde en la miseria. Llevándolo al espacio clínico ¿de qué manera esta encantadora miseria interfiere en la escucha del terapeuta? Como señala Assoun (1999), lo que el clínico actual encontrará en su práctica enmarcada dentro del malestar en la cultura, son pequeños Ricardo III. De esta forma, cuando aparece el síndrome de excepcionalidad, el analista está en posición de efectuar un sondeo en el malestar de la civilización.

Retomando al autor, va a decirnos que así como por un lado del perjuicio se encuentra el acto criminal, por el otro lado se nos muestra la víctima. Lo importante en ambos extremos, es la noción de inocencia ontológica que aparece sumado a un dolo histórico, es decir se remite a la falta que le hizo el Otro. Esto es importante para pensar que el perjuicio se enmarca dentro de una lógica de la pérdida. A propósito de esto, el autor señala que ésta abre una especie de “crédito simbólico” mediante el cual el sujeto ve a los otros como “potenciales deudores”. El Otro ha tomado demasiado de estos sujetos. Los sujetos van por el mundo con esta reivindicación que configura su ser en el Otro. De esta manera, Ricardo III se convierte en el “santo patrón de los perjudicados”. Entonces, el sujeto basa sus derechos en ese acto transgresor. Ricardo III lo hace a través del acto criminal, situándose “más allá de la ley”.

A propósito del problema de la pérdida, es necesario hacerse un cuestionamiento respecto a la melancolía. Assoun (1999), va a escribir que lo que se busca en el sujeto perjudicado es la llaga melancólica. El sujeto perjudicado se confronta a la vergüenza de ser. La brecha por donde se abre la melancolía no es la pérdida del objeto necesariamente, sino la herida del ideal avergonzado. De esta manera, se articula un sentimiento de injusticia que remite a una desventaja de origen en el sujeto y enlaza una reivindicación con una compensación o indemnización. El mal se inscribe como daño y, desde ese momento, ese sujeto buscará un des-daño, una *reparación*<sup>7</sup>. Además de esto, y en relación al tiempo, el sujeto perjudicado se basará en su perjuicio pasado para negarse a anticiparse, por lo que se fija en el presente, punto donde se apoya. Por lo

---

<sup>7</sup> Me parece curiosa esta acepción, porque desde lo jurídico en el trabajo con víctimas siempre se apela a una reparación. Esto hace pensar a un sujeto permanentemente en falta. La diferencia fundamental es que lo jurídico irrumpe el espacio del sujeto ahí donde el Estado no fue capaz de proteger al mismo frente a un daño. Esto es interesante, porque en el problema que plantea Assoun, el daño es un daño anterior al tiempo de existencia, es un perjuicio en el origen, se apela a un error absoluto del Otro. Como señala el autor: “Aquí se trata, más radicalmente, del sentimiento de un perjuicio como consecuencia de un error absoluto del Otro contra él y que se basa en una convicción de haber sido perjudicado, articulado al Error del Otro” (Assoun, 1999, p. 19).

tanto, el sujeto cree que el punto actual es el punto límite de las concesiones y se niega a ir más allá. En este sentido el pasado funesto funciona como punto de no futurización.

Y es dentro de este entramado que surge la pregunta por la exclusión. Ésta, va decir el autor, designa una precariedad crónica de ciertos sujetos que va más allá de la pobreza. Assoun (1999), pone a la palabra como un “fetiche verbal” del discurso social. En este transcurso no hay que desconocer que se reconoce en las figuras inconscientes del perjuicio, las formas reales de la exclusión. El autor planteará que no se trata de abordarlo desde lo externo (de la visión de los “dueños del sistema”), ni creyendo en lo vivido por los “esclavos” del mismo sistema, sino que colocándose en la *falla de la fractura perjudicial*. Esto sería lo que develaría la fractura social. Precisamente ahí, se juega la postura del psicoanálisis frente a estos sujetos perjudicados. Desde este punto de vista, darle crédito a lo imaginario del perjuicio es comprometerse con su desprecio. Esto es importante, en el sentido en el que el sujeto perjudicado hace del desprecio una cuestión vital. Sin embargo, esto no se trata de hacer al paciente nuevamente deudor, como para hacer más pesado su débito social. Hay que enfrentar esta paradoja, pues el autor señala, que en ella se inserta el centro de la ética del psicoanálisis cuando se enfrenta al malestar en la cultura, o en este caso en los límites de la cultura, referido al tiempo traumático y a sus retoños.

La cuestión clínica, es que se reevalúe el precio del dolor, pues esto se realiza al precio de una abdicación de su posición de sujeto –en el paciente-. Como señala Assoun: *“Se subjetiva como el Objeto del perjuicio: especulación sintomática de su miseria material.”* (Assoun, 1999, p. 22). Es con esta argumentación que el autor plantea la necesidad de hacer surgir una “clínica social del trauma”, de la cual debe desplegarse una metapsicología del perjuicio y el ideal.

Entrando de lleno en la exclusión, el autor va a señalar que este es el significante del perjuicio, lo que aparece al pensar en el malestar en la cultural es la regulación social del perjuicio. La exclusión está acompañada por una especie de mutismo, una estupefacción de la palabra de los excluidos. Es acá donde entra la labor del psicoanálisis, como disciplina posible para hacer oír ese silencio (Assoun, 1999).

La RAE en la actualidad define la palabra excluir como *“Quitar a alguien o algo del lugar que ocupaba”, “descartar, rechazar o negar la posibilidad de algo”* (RAE, 2015). Assoun (1999) va a señalar que del rechazo a la prohibición hay un paso, por tanto,

excluir también se transforma en no permitir que alguien acceda a una acción o a una función. Sin embargo, *“...es difícil transcribir el lenguaje de la exclusión en el campo social, en la medida en que en él hay algo preinscripto: el hecho de la exclusión hace converger el sentido propio y el figurado para recapitular la secuencia: de la puesta fuera de lugar a la segregación, pasando por el rechazo y la expoliación de los derechos, la exclusión constituye el borde negativo de la norma social.”* (Assoun, 1999, p. 29). Esto deja a los sujetos fuera del pacto simbólico, desprotegidos, no amparados en ese padre muerto que retorna en forma de ley. ¿Quién excluye a quién? ¿Dónde está la exclusión? La exclusión se habla en una parte y se vive en otra, esta es la escisión que se reproduce en los discursos sociales.

Por otra parte, la exclusión insta una relación singular con las dos coordenadas de espacio y de tiempo., está acompañada por un sentimiento de algo potencialmente “revocable” irrevocable. No existe un continuum, sino una secesión de días que siguen unos a otros, esto se constituye a través de la vivencia de estar constantemente en el presente, lo que establece un tiempo intemporizable (Assoun, 1999).

En relación al espacio, se puede encontrar el efecto espejo; el excluido es el “encerrado afuera”. *“El sujeto de la exclusión posmoderna es literalmente acronímico, es el efecto del acortamiento de un sujeto a la función de síntoma social que debe encarnar –al punto de identificarse con ella: ¿Qué dice usted que soy? Entonces voy a llamarme como usted me llama”* (Assoun, 1999, p. 32). Como se puede apreciar, el excluido se ve deformado externamente en términos de la falta que lo convierten en una persona despreciable. Es acá, donde entra la pregunta ¿en qué se convierte el excluido? Esto nos obliga a pensar los efectos que la socialización tiene sobre los sujetos. Se hace necesario entonces, desde la clínica, instalar el imprescriptible derecho del sujeto inconsciente a su verdad (Assoun, 1999).

De esta manera, la exclusión se convierte en el síntoma material que el sujeto transforma en rasgo para él y para los otros. Convierte en imaginario la etiqueta que le da el saber. El sujeto se sujeta del cómo lo nombran. En este sentido, la pregunta clínica es la siguiente: ¿Cómo hacer aparecer al sujeto más allá de lo imaginario? Es aquí, donde el psicoanálisis intenta darle a la palabra del excluido su efecto de verdad, para salir del “como lo nombran”, al “como se nombra”, que también marca el paso de la pasividad a la actividad frente a ese malestar. *“La palabra de la miseria no es, por cierto, ella misma miserable, tiene sus recursos, pero con el fondo de este desastre social que se inscribe*

*como un desmoronamiento simbólico. A partir de ahí, puede instaurarse el sujeto de la exclusión en su relación consigo mismo, lo que calificamos como sujeto del perjuicio*” (Assoun, 1999, p. 34).

Además de esto, Assoun (1999) va a acotar como se manifiesta este reverso del mundo social. Por una parte, pone al malestar silencioso y, por otra, pone al acto sintomático. Lo que se pierde entonces es la palabra. Frente a estas circunstancias el autor se realiza la pregunta: ¿Cómo abrir un espacio a esta palabra, por detrás del malestar y del acto que pueda contener ese íntimo sentimiento de exclusión? Consiguiente de esto, el autor va a plantear que lo que Freud vio como un tipo de carácter es el retorno del síntoma social, situado en el malestar en la cultura.

El sujeto perjudicado invoca un trauma de origen, esto organiza la vida como un destino. *“Para el sujeto, el trauma se inscribe a través de una falla narcisista, es decir, una crisis de la relación del “yo” a su ideal”* (Assoun, 1999, p. 36). Con esto, aparece el problema de la *vergüenza*, relacionado con la dificultad que tiene el sujeto para desarrollar una relación viable entre el ideal y el “yo”. Vergüenza de vivir literalmente, va a decir el autor. Lo real de la exclusión, incluida la carga de sufrimiento que atañe a estos sujetos, puede desarrollar lo que Freud considera como una deformación del carácter. El autor llama a poner atención sobre los discursos de “rehabilitación” o “revalorización”, ya que puede sumergir a los sujetos en un callejón sin salida de la “miseria ideal”. Esto es un camino que el sujeto recorre, desde la falla narcisista –referido a lo traumático- a la exclusión idealizada. Desde este punto de vista, el “trauma social” sería un mal encuentro que reactualiza una falla subjetiva anterior.

Siguiendo con el argumento, no hay nada de exclusión social sin un sujeto que produzca el gesto de excluirse. El autor va a señalar que el sujeto agrega a esta exclusión objetiva un “ser-uno mismo” vivido en el modo de la exclusión.

*“Paradójicamente, este gesto lo coloca frente a una alternativa que se trabaja: o bien identificarse con la posición subjetiva del excluido y repetir el malestar, con las palabras proporcionadas por la ciencia social que confirma, en este caso, su función ideológica; o bien “construir con hormigón” su posición al vivirse a sí mismo como excepción y construir un mito personal de la marginalidad. Este mito lo pone en vilo, y encarna un “dis-placer” convertido en un amargo placer, en toda dimensión de intercambio apta para mantenerlo*

*en el orden del deseo. Doble encierro subjetivo en el ser-excluido.”* (Assoun, 1999, p. 38).

Desde el discurso del Otro social, el excluido encarna una falta que no debería haber faltado. Frente a estos discursos sociales, que los ubican en el lugar de la falta colectiva, el sujeto excluido, para seguir existiendo como sujeto, tiene que construir una falta propia. Aquel al que le falta casi todo, solo sigue siendo alguien si le falta algo propio (Assoun, 1999). De esta manera, el excluido es el síntoma colectivo del malestar. Este sujeto es alguien que se define por su falta, el sujeto aborda su ser en términos del perjuicio. Desde este punto de vista, el autor va a plantear que la condición del excluido debe ser aclarada en su **real inconsciente**.

Per-juicio: *prae-judicium*. Se articula un sentimiento de haber sido “juzgado-antes”. ¿Antes de qué? El autor va a señalar que esto se sitúa antes del nacimiento. Tiene su origen hipotético en un destino –*Ananke*<sup>8</sup>-, lo que se organiza entonces es una especie de “daño primitivo”.

Desde este punto de vista, el autor va a plantear que el psicoanálisis no es una forma más de nombrar la exclusión, sino que tiene un efecto más específico y radica, por un lado, en pensar la relación que tiene la exclusión con lo real frente a lo imaginario de los discursos sociales y, por otro, relacionar la exclusión con el sujeto frente al imaginario de los roles (Assoun, 1999). A partir de esto, nace la pregunta ¿Cómo pensar lo real de la exclusión en relación a la escucha analítica? Lo que el autor va a plantear es que el psicoanálisis “...le ordena a los excluidos que se comprometan en una desidentificación con el perjuicio para encarar mejor lo real de la exclusión y su reapropiación” (Assoun, 1999, p. 41). De esta manera, ahí donde está el no-decir de la exclusión, el decir de lo real debe poder llegar.

---

<sup>8</sup>Ananke es la diosa griega que encarna el destino, pero también es la diosa de la necesidad.

#### 4.- Piera Aulagnier: Espacio de encuentro y violencia.

Piera Aulagnier, en su texto “la violencia de la interpretación”, se pregunta qué lugar ocupa la psicosis en el psicoanálisis señalando que la aplicación del modelo freudiano, en relación a la escucha de la psicosis, deja afuera de circuito una parte de la propia vivencia del analista. Pareciera ser que la psicosis siempre está definida en términos de la “carencia”.

Es por esta razón, que a la autora se le hace necesario plantear un nuevo tipo de representación, la representación pictográfica anudado a un determinado proceso: el proceso originario. El pictograma develaría la imagen de la cosa corporal. Además de esto, la autora plantea un desarrollo cronológico y evolutivo, en relación a los procesos. Cada uno de estos procesos va acompañado de una determinada representación. En primer lugar, está el proceso originario que se acompaña de la producción pictográfica. Luego, viene el proceso primario acompañado de la representación escénica –la fantasía–, y en último lugar, se sitúa el proceso secundario acompañado de la representación ideica. De esta manera, se sigue un camino desde la representación pictográfica hasta el enunciado. *“Los tres procesos que postulamos no están presentes desde un primer momento en la actividad psíquica; se suceden temporalmente y su puesta en marcha es provocada por la necesidad que se le impone a la psique de conocer una propiedad del objeto exterior a ella, propiedad que el proceso anterior estaba obligado a ignorar.”* (Aulagnier, 2001, p. 24).

Dentro de este andamiaje, la autora va a resaltar la importancia de la noción de “encuentro”. Ya que, van a ser estos encuentros los que faciliten determinados procesos en la constitución del aparato psíquico.

Por actividad de representación se entiende el equivalente psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica. De esta manera, los tres procesos que definimos anteriormente son tomados por la autora como “procesos de metabolización”. Habría que agregar a esto, que el elemento absorbido o metabolizado no es un cuerpo físico sino un elemento de información. Dentro de estos elementos se pueden reconocer dos tipos: aquellos cuyo aporte es necesario para el funcionamiento del sistema y aquellos cuya presencia se impone a este último. Si bien, la autora plantea

que estos procesos de metabolización siguen un decurso, no significa que la instalación de un nuevo proceso silencie a uno anterior.

Más adelante, señalará la autora: *“El objetivo del trabajo del Yo es forjar una imagen de la realidad del mundo que lo rodea, y de cuya existencia está informado, que sea coherente con su propia estructura. Para el Yo, conocer el mundo equivale a representárselo de tal modo que la relación que liga los elementos que ocupan su escena le sea inteligible: en este caso, inteligible quiere decir que el Yo puede insertarlos en un esquema relacional acorde con el propio.”* (Aulagnier, 2001, p. 26). De esta manera, a lo que aspira el Yo es a poder establecer entre los elementos un orden de causalidad que le haga inteligibles la existencia en el mundo y la relación que hay entre esos elementos. Entonces, la actividad de representación para el Yo se transforma en una actividad de interpretación. Así, el yo impone un esquema relacional que está en consonancia con el orden de causalidad que impone la lógica del discurso.

Por otro lado, en la psique no puede existir información alguna que se pueda separar de la “información libidinal”. De esta manera, todo acto de representación es al mismo tiempo un acto de catectización que se origina por la característica de la psique de preservar o reencontrar una experiencia de placer. *“¿Se debe afirmar, entonces, que toda puesta en representación implica una experiencia de placer? Responderemos afirmativamente, añadiendo que, de no ser así, estará ausente la primera condición necesaria para que haya vida, es decir, la catectización de la actividad de representación.”* (Aulagnier, 2001, p. 28).

La autora, además de esto, va a exponer que vivir es experimentar en forma continua lo que se origina en una situación de encuentro. A través de estos encuentros, la psique puede formar una primera representación de sí misma, y es este hecho originario lo que pone en marcha la actividad psíquica. Este análisis, que la autora propone sobre el estado de encuentro, le permitirá situar y pensar los dos conceptos que aparecen en el título de su obra: la violencia y la interpretación.

De esta manera, Aulagnier comienza a pensar el concepto de violencia y nos va a decir: *“La psique y el mundo se encuentran y nacen uno con otro, uno a través del otro; son el resultado de un estado de encuentro al que hemos calificado como coextenso con el estado de existente. La inevitable violencia que el discurso teórico impone al objeto psique del que pretende dar cuenta se origina en la necesidad de disociar los efectos de*

*este encuentro.*” (Aulagnier, 2001, p. 30). Lo interesante de esta teorización es la cualidad de inevitable, que la autora le otorga, a la violencia. Además de esto, en la primera representación que la psique se forma de sí misma, vemos la relevancia del encuentro con la madre, es decir, del encuentro de la psique con el cuerpo y con las producciones de la psique materna. Como señalamos anteriormente, en este primer momento lo que otorga la información es la cualidad placer/displacer.

Para que se ponga en marcha el proceso primario y el proceso secundario se deben reconocer dos características particulares del objeto: por un lado la extraterritorialidad, es decir, reconocer un espacio separado del propio –lo que configura el proceso primario- y por otro, la significación, lo que equivale a reconocer que la relación entre los elementos que están fuera están definidas por las significaciones que el discurso otorga acerca de esos mismos elementos. Esto posibilita el proceso secundario (Aulagnier, 2001).

Para que la actividad psíquica sea posible, requiere la incorporación de un material exógeno. El encuentro enfrenta a la psique a un exceso de información, referido a este espacio de encuentro necesario para que el Yo pueda advenir. Ya Freud nos daba ciertas luces de esta teorización en su texto “Introducción del narcisismo”, de esta manera, escribe: *“Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se construya.”* (1914, p. 74). Estas interrogantes acuden a Freud al momento que se cuestiona, precisamente, por aquel desarrollo primitivo de la cría. Los autores postfreudianos –sobre todo los de la escuela inglesa-, van a tomar esta pregunta por lo arcaico, y van a intentar desarrollarla y pensarla. Así, se introduce en el psicoanálisis y su investigación la importancia que cobra el otro, y ese respectivo encuentro, en la conformación del aparato psíquico.

Melanie Klein (1946), teoriza respecto de dos posiciones por las que pasa el sujeto en un primer momento de la existencia. En primer lugar, introduce la posición esquizoparanoide caracterizadas por objetos parciales, es decir, predomina la escisión de partes del yo que se vuelcan hacia afuera bajo el mecanismo de la proyección, al mismo tiempo que el mecanismo de la introyección también funciona sobre partes del objeto y no sobre la totalidad del mismo. Cuando se introyecta el objeto total, entonces el sujeto pasará a la segunda posición: la depresiva. En esta segunda etapa, los impulsos sádicos



del niño darían paso a la preocupación por el objeto. De esta manera, la escritora plantea: *“Dado que el impulso a reparar o proteger el objeto dañado prepara el camino para relaciones de objeto y sublimaciones más satisfactorias, aumenta a su vez la síntesis y contribuye a la integración del yo.”* (Klein, 1946, p. 24). Como podemos apreciar, una buena integración del objeto total, también contribuye de buena manera a la formación del yo y conjunto con esto a los procesos de simbolización. En este proceso, es de vital importancia que el Yo tolere las ansiedades que plantea la posición depresiva, ya que, de no ser así, el sujeto retornaría a la posición esquizoparanoide y se formaría un círculo vicioso. Para este evento es trascendental el lugar que ocupa el otro, principalmente la madre.

Bion (1962), tomando en consideración los postulados kleinianos, amplía el concepto de identificación proyectiva introduciendo la importancia de la madre. A este concepto le denomina “identificación proyectiva comunicativa” y hace referencia al entendimiento y el cuidado que debe tener la madre sobre las producciones que el niño proyecta sobre ella, de tal manera de devolverle a la cría un elemento sintetizado por el propio aparato psíquico materno. De esta forma, la angustia y la frustración de la cría se vuelven tolerables.

Otro autor que rescata la importancia del encuentro entre la cría y el otro es Winnicott, poniendo en relevancia la “función de maternaje”. Para Winnicott (1967), la mirada del otro en tanto espejo del bebé es esencial para la separación del yo del no-yo, es decir, lo interno de lo externo. Cuando Winnicott señala que el otro es el espejo del bebé, principalmente tiene la influencia del trabajo de Lacan en torno al Estadio del espejo. Sin embargo, para Winnicott, el espejo será el rostro de la madre e irá más allá y dirá que cuando el niño recorra con la mirada el mundo, pasara por el pecho (esencial por ejemplo en la teoría kleiniana) y no lo mirará, sino que lo más probable es que el bebé se detenga en el rostro de la madre. Así, Winnicott planteará *“¿Qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? Yo sugiero que por lo general se ve a sí mismo. Es otras palabras, la madre lo mira y lo que en ella parece se relaciona con lo que ve en él”* (1967, p.148). Acá, el autor deja en claro la importancia que tiene la función de maternaje en el desarrollo temprano del individuo. Así, es como el mismo autor va a plantear que en realidad el bebé no existe, sino más bien lo que existe es una relación, dejando en claro que, en ese instante, no se puede pensar en términos binarios la interacción que posee el bebé y la madre (la función de maternaje), ya que no se pueden concebir en ese

momento como diferenciados, sino más bien lo que existiría es la relación que estos producen en su interacción. Así, plantea *“Nos referimos al hecho de que no existe eso denominado bebé, pues cuando vemos a un bebé en esta temprana etapa sabemos que vamos a encontrar los cuidados del bebé, cuidados de los cuales el bebé forma parte (Winnicott, 1959, p.73).*

Es aquí, entonces, donde la mirada adquiere un lugar fundamental en esta relación que tiene la madre y el bebé. Es imprescindible que cuando el bebé mire el rostro de la madre se encuentre a sí mismo en ese rostro, ya que, si esto no llegara a ocurrir, el niño se “acomoda” a la idea de que cuando mire lo que está mirando en el rostro de la madre y al mismo tiempo se comienza a atrofiar la capacidad creadora (Winnicott, 1967). Es decir, la capacidad creadora del bebé tiene directa relación con lo que sucede con la mirada del otro, en esta relación que se tiene primeramente con la madre. Sin embargo, es de importancia fundamental la implicancia que tiene el bebé en esta relación. Cuando el niño interroga a la madre por su propio rostro, se pone *en* la pregunta, hay una demanda del orden del cuerpo y es la madre, mediante su función de sostén, la que dibuja el cuerpo del niño con sus manos. La madre debe ser capaz de sostener a este bebé mediante su propia mirada, que en realidad refleja al propio bebé.

Se puede apreciar como luego de Freud sistemáticamente se ha pensado la relación de la cría y el otro y la forma en que impacta a la conformación del aparato psíquico. Sin embargo, dentro de estas reflexiones es importante pensar cómo influye la constitución del lazo social, ahí donde aparece lo social de aquella barrera protectora que Freud teorizaba en más allá del principio del placer.

Siguiendo con la relación cría/madre y retomando a Aulagnier (2001), ésta va a decir que la oferta siempre precede a la demanda. El niño se enfrenta entonces a un exceso, lo que se repite en el caso del “sentido”. La palabra materna derrama sentido que se anticipa a la capacidad de la cría para reconocer su significación y retomarla por cuenta propia. De esta manera, se ubica a la cría como depositaria de un determinado discurso. Las producciones psíquicas de la madre se adelantan a la capacidad que tiene la cría para representárselas. Con esto, la autora hace referencia a los enunciados que utiliza la madre para hablar del niño y para hablarle al niño. Este discurso, que se anticipa a lo que la cría puede significar, la autora lo conceptualiza como violencia primaria. Presenta a este tipo de violencia como una violencia necesaria. De esta forma, la madre es el mediador del discurso ambiental y los transmite predigerido por su propia psique.

Mediante este ejercicio, la madre le indica a la cría los límites de lo posible y lo imposible. De esta manera, la autora le entrega a la madre la función de portavoz. Retomaremos esta conceptualización más adelante.

Pensando el concepto de violencia la autora escribe:

*“El fenómeno de la violencia, tal como lo entendemos aquí, remite, en primer lugar, a la diferencia que separa a un espacio psíquico, el de la madre, en que la acción de la represión ya se ha producido, de la organización psíquica propia del infans. La madre, al menos en principio, es un sujeto en el que ya se ha operado la represión e implantado la instancia llamada Yo; el discurso que ella dirige al infans lleva la doble marca responsable de la violencia que él va a operar. Esta violencia refuerza a su vez, en quien la sufre, una división preexistente cuyo origen reside en la bipolaridad originaria que escinde los dos objetivos contradictorios característicos del deseo.” (Aulagnier, 2001, p. 34).*

Además de la violencia primaria, la autora conceptualiza otro tipo de violencia que sería un exceso perjudicial para el funcionamiento del Yo: la violencia secundaria. En este caso, la violencia se ejerce contra el Yo, lo que marca la diferencia con la violencia primaria que es la que posibilita que emerja el Yo. Esta violencia que se ejerce sobre el Yo, puede ser provocada en un conflicto entre diferentes “Yoes”, tanto como un conflicto con el “diktat” [imposición] de un discurso social, cuyo fin último es oponerse a todo cambio de los modelos que él mismo instituye. Es importante en este punto, incluir en la reflexión el problema del poder, y las estrategias del Estado moderno por silenciar y naturalizar este tipo de prácticas –las que caerían en la categoría de violencia secundaria-. Como señala la autora: *“...es importante señalar que, si esta violencia secundaria es tan amplia como persuasiva, hasta el punto de ser desconocida por sus propias víctimas, ello se debe a que logra apropiarse abusivamente de los calificativos de necesaria y de natural, los mismos que el sujeto reconoce a posteriori como característicos de la violencia primaria en la cual se originó su Yo.” (Aulagnier, 2001, p.35).*

Aulagnier (2001), asimismo, va a señalar que las dos condiciones necesarias para que exista la actividad psíquica es que exista la supervivencia del cuerpo, y con ella, la persistencia de una catexia libidinal que resista a una victoria definitiva de la pulsión de

muerte. Para esto debe pasarse un “umbral”. Una vez pasado ese umbral se podrá consolidar la adquisición de una cierta autonomía de la actividad de pensar y la conducta, cuya culminación coincide con el establecimiento de la represión y la declinación del complejo de Edipo. Las consecuencias de una violencia que aplasta al Yo –la secundaria-, son la limitación de esta autonomía. Se daría, entonces, algo así como una “expropiación” de un derecho de existir. Esto, se puede manifestar en la experiencia psicótica, pero no es así siempre. En caso de que la violencia secundaria impere, se impondrán siempre la palabra y la voluntad de un tercero, que pueden ser un sujeto o una institución, que al mismo tiempo se transformarían en el único juez de los derechos, demandas, necesidades, y, como señalará la autora, implícitamente en el deseo del sujeto. La demostración más radical de esto se da con la vivencia psicótica, sin embargo, puede estar presente de igual manera sin que por ello tome la forma de una psicosis manifiesta. En este caso, la expropiación a la que es sometido el Yo es igualmente grave.

Volviendo al concepto de violencia, la autora escribe: *“...designamos como violencia primaria a la acción mediante la cual se le impone a la psique de otro una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo del que lo impone, pero que se apoyan en un objeto que corresponde para el otro a la categoría de lo necesario”* (Aulagnier, 2001, p. 36). De esta forma, la violencia primaria se presenta como una “oferta de significación” por parte de la madre –donde una de las cosas importantes es el deseo de la misma-. Esta oferta tomará la forma de una pre-respuesta que facilitará la formación de un Yo. Este efecto anticipatorio de la respuesta materna está presente desde un primer momento, y el efecto anticipatorio de la palabra y el sentido que esta vehiculiza continuará con esta anticipación. Para poder pensar esto, es trascendental la noción de encuentro, donde el primer encuentro boca-pecho cobra relevancia. Relevancia que está dada por la experiencia de placer/displacer que va a sentir la cría, lo cual va a depender de múltiples experiencias que tienen que ver con la psique materna. La autora, dentro de estas, nombra el placer vivido al tener al niño, el temor frente a él, su displacer de ser madre, entre otros. De esta forma, el aporte alimenticio –que satisface la necesidad nutricia- se acompaña siempre por la absorción de un alimento psíquico que la madre interpretará como absorción de una oferta de sentido. En el momento en que la boca encuentra un pecho, la cría traga un sorbo del mundo.

Sobre estos postulados, la autora va a plantear que la representación pictográfica es la primera obra en la psique de la cría. Ésta, va a pertenecer al proceso originario,

donde lo que impera es, precisamente, la polaridad económica placer/displacer, inaugurada con el primer encuentro de la boca con el pecho.

Otro de los conceptos fundamentales en la teoría de la autora es “el espacio al que el Yo pueda advenir”, definiendo de esa manera las condiciones necesarias para que el “espacio hablante” le ofrezca al Yo un hábitat donde se puede desarrollar. Entre la psique singular y el ambiente psíquico se ubica un eslabón intermedio en el ambiente familiar que será percibido y catectizado por el niño como metonimia del todo. De esta manera, Aulagnier (2001) se plantea la necesidad de definir los parámetros característicos de este micro ambiente. En este escrito tomaremos a la función de portavoz y al análisis de la violencia –de anticipación, de interpretación-, ambos parámetros relacionados con el discurso.

El espacio de encuentro se presenta como un lugar de osmosis continua, es decir, existe un intercambio permanente entre la cría y la madre. El término portavoz define la función reservada al discurso de la madre en la estructuración de la psique. También, se le otorga a la madre la característica del delegado, es decir, aquel que representa el orden exterior cuyas leyes y exigencias ese discurso enuncia. De esta forma, la psique de la madre juega un papel de “prótesis”, en el sentido que su voz comunica entre sí dos espacios psíquicos. Continuando con el argumento, la autora va a poner a las “necesidades de la psique” en un lugar horizontal respecto a las “necesidades vitales”. Si es que las necesidades de la psique no están satisfechas, la cría incluso podría decidir rechazar la vida. De esta forma, la psique materna le otorga un índice libidinal a los objetos y les da una jerarquía de objeto psíquico conforme a aquellas necesidades. Los materiales de la representabilidad del pictograma están constituidos por objetos modelados por el trabajo de la psique materna. La función de prótesis de la psique materna permite que la psique de la cría se encuentre con una realidad ya modelada, una realidad que es humana por estar catectizada por la libido materna. De esta manera, la psique materna reemplaza lo carente de sentido de la realidad y lo transforma en un material premodelado y digerible por parte de la cría.

Como ya lo había pensado Freud (1915a), en la primera experiencia de encuentro de la cría con el pecho a lo meramente nutricional, se agrega un elemento incuantificable: *el placer*. Desde aquel momento, la cría intentará reeditar aquella experiencia en su encuentro con los distintos objetos que le proporciona la realidad. Pero también, Freud nos va a señalar que en un primer momento, la cría va a querer estar exenta de todo

estímulo exterior. Es sólo cuando descubre el placer, que empieza a buscar objetos afuera. Lo que Aulagnier (2001) afirma, tiene que ver con la importancia que adquiere la catexia libidinal por parte de la madre hacia los objetos. Esto, afecta directamente en el proceso de catetización de los objetos por parte de la cría. Es en esta catetización materna donde cobra relevancia el sentido y el discurso y con ellos la violencia y la interpretación.

De esta manera, Aulagnier plantea: *“Lo humano se caracteriza por el hecho de confrontar desde el origen a la actividad psíquica con otro lugar que se presentará bajo la forma que le impone el discurso que lo habla; este discurso prueba así la acción que cumple la represión”* (Aulagnier, 2001, p. 115). La madre entonces, tiene la tarea de transformar un “ya reprimido” –que se impone a través del discurso y la inmersión cultural- en un “todavía no reprimido” en su función de portavoz. El que la madre ofrezca un material premodelado por su propia psique posibilita un espacio adecuado para las exigencias de la represión, las cuales deben respetarse. Por otra parte, la cría toma este material y lo transforma a aquella forma arcaica tal como fue para la madre en su momento, trayendo de vuelta la relación de la madre y el Otro.

Otro concepto importante de rescatar es el de la “violencia de la anticipación” o “sombra hablada”, el cual hace referencia a los enunciados del discursos que están presentes antes de que la cría nazca, los cuales se proyectarán sobre el cuerpo de la cría tan pronto como esta se encuentre presente. Desde este punto de vista, la madre en su función de portavoz posee un saber del y sobre el cuerpo de la cría, pero uno de los elementos que la autora rescata es que entre el objeto y la sombra persiste la posibilidad de diferencia. De esta manera, se generan contradicciones entre los enunciados de la sombra y las formaciones del Yo. La madre, entonces, posee el saber respecto del cuerpo al cual la autonomía de la cría se revela, esto dará cuenta del conflicto dependencia-autonomía que estará latente en una primera fase de la relación madre/cría. Este saber respecto del cuerpo por parte del portavoz constituye *“...el instrumento privilegiado de la violencia primaria, y demuestra lo que determina su inevitabilidad: la posibilidad de que la categoría de la necesidad sea trasladada desde un primer momento, por la voz que le responde, al registro de la demanda libidinal y que ocupe, de ese modo, un sitio en el ámbito de una dialéctica del deseo.”* (Aulagnier, 2001, p. 120). Es decir, la violencia se hace un hecho inevitable puesto que pone a la cría en el orden de la cultura y el deseo.

Lo que se denomina “sombra” constará de una serie de enunciados testigos del anhelo materno referente a la cría. Esto, nos lleva a una imagen identificatoria que estará antes de lo que podrá decir la voz de ese cuerpo, que en un primer momento está ausente. Para el Yo de la madre, esta sombra representa lo que del objeto imposible y prohibido del deseo de ella por el niño puede transformarse en decible y lícito. Esto es, lo que comprueba que la violencia primaria está al servicio de la instancia represora. La sombra protege a la madre del retorno de un deseo que una vez tuvo, pero que fue reprimido: *tener un hijo del padre*, sin embargo, tras este deseo se encontraría uno más antiguo y cuyo retorno sería mucho más grave: *tener un hijo de la madre*. La sombra lleva la huella de ambos deseos y demuestra su reelaboración. De esta manera, la cría queda en un lugar que la autora va a denominar “paradójico”, ya que al mismo tiempo que ocupa el lugar más cercano al deseo inconsciente de la madre se le demanda que obstaculice su retorno. La sombra se transforma en una ilusión que le permite creer a la madre que existe una equivalencia entre el anhelo del Yo y la satisfacción del deseo inconsciente. Esta ilusión pone a la energía libidinal al servicio de los propósitos del Yo, de esta forma, lo reprimido es alejado y se sitúa en el exterior del Yo. *“El deseo retorna en forma invertida: que este niño pueda, a su vez, convertirse en padre o madre, que pueda desear tener un hijo”* (Aulagnier, 2001, p. 123). Entre la madre y la cría existe una relación de reciprocidad funcional al convertirse ambos en agentes al servicio de la represión.

Que la cría desee tener un hijo es un evento característico del proceso primario y secundario, puesto que en el proceso originario todo tiene que ver con la cualidad placer/displacer, por lo que, el deseo apuntaría a generar un estado de placer. Es, a través del anhelo de tener un hijo, que la madre instituye a la cría como heredero de un saber acerca de la diferencia que separa al objeto que actualiza un deseo del objeto que le permite al deseo persistir. Por esta razón, se hace imprescindible para pensar el riesgo de exceso por parte del portavoz, pensar primero la represión y su heredabilidad (Aulagnier, 2001).

Podemos ver que, la anticipación es esencial para que la cría se constituya como sujeto, puesto que transforma en significación accesible y compartida por el conjunto lo indecible e impensable, característicos de lo originario. El agente de la violencia primaria es un deseo heterogéneo: el de la madre, la cual desea ser el ofrecimiento continuo necesario para la vida de la cría, además de ser reconocida como la única imagen dispensadora de amor.

Al lado de este deseo, aparece también el riesgo de exceso, el cual es un factor importante puesto que interfiere directamente en el destino del sujeto. El riesgo del exceso, la autora lo define como la aparición del deseo de preservar aquello que sólo en una primera fase es legítimo y necesario, es decir, la preservación de la violencia por parte del portavoz. De esta forma, se establecerá un abuso de la violencia que intentará imponerse a través de la madre. Así, lo que la madre desea es la no modificación de la situación actual, sin embargo, si es que la madre no llega a renunciar a este deseo, esto será suficiente para cambiar radicalmente el sentido y el alcance de aquello que era lícito.

Muy rápidamente, luego de este primer momento, aparecerá algo que también es esperado y preanunciado por el portavoz: *la capacidad de pensar*. Esta capacidad que adquiere la cría, confirmará a la madre el éxito o el fracaso en su función materna. En la actividad de pensar se desarrollan las primeras producciones de la cría que pueden ser ignoradas por la madre. Además, mediante esta, el niño puede descubrir las mentiras de sus padres y comprender lo que la madre no quería que supiera. Entonces, aparece el primer instrumento de una autonomía. *“La madre sabe, por experiencia propia, que el pensamiento es, por excelencia, el instrumento de lo que puede ser disfrazado, de lo oculto, de lo secreto, el lugar de un posible engaño que no es posible descubrir (ni tampoco pronunciarse sobre él).”* (Aulagnier, 2001, p. 133). El propósito del exceso es lograr que la actividad de pensar presente o futura de la cría concuerde con un molde pre establecido e impuesto por la madre.

*“Tan pronto como él piensa, ella sabe, aunque lo olvide, que se ha perdido la transparencia de la comunicación, el saber acerca de la necesidad y el placer del cuerpo. Que transparencia y saber son pura ilusión es el veredicto del analista. En general, y en un primer momento, la madre cree en ello, y es necesario que, parcialmente al menos, la ilusión haya existido y le haya dado crédito.”* (Aulagnier, 2001, p. 135). La facultad de pensar rompe con los esquemas antes conocidos por la madre, ya que, a diferencia de las producciones netamente corporales, en el pensar existe la posibilidad de engaño. Aquella transparencia, que señala la autora, tiembla y se resquebraja cuando la madre descubre en la cría la capacidad de pensar. Es por esto, que la madre debe aceptar favorecer la variabilidad de la relación, renunciar a esta función que en un momento fue necesaria en beneficio del cambio y el movimiento de la relación futura (Aulagnier, 2001).

Para continuar con su argumento, la autora va a señalar que existe un redoblamiento de la violencia, puesto que más allá de la cría y sus padres, estos también



se ven sometidos a los efectos del discurso. Existe un “ya presente” del discurso, cuyo origen nada se sabe y marca los límites que definen el espacio, en cuyo interior el Yo encontrará sus enunciados identificatorios. Este redoblamiento de la violencia culminará la acción del discurso y permitirá e inducirá el pasaje del afecto al sentimiento en la cría. La apropiación por parte del niño de un primer saber acerca del lenguaje, marca un cambio en la relación que este sostiene con el mundo, al ubicar frente a frente a la vivencia afectiva y a su designación, de la que será necesario apropiarse para adecuarla a la realización de la demanda.

La totalidad del discurso tiene una función identificante. Sin embargo, la autora va a distinguir dos subconjuntos. Por un lado, están los términos que designan el afecto, que a través de su enunciación se transformarán en sentimientos y por otro lado, los términos que designan a los elementos del sistema de parentesco para una cultura dada. Estos dos subconjuntos constituirán lo que la autora designará como *“lenguaje fundamental”*. En este escrito en particular nos enfocaremos en los primeros.

Entonces, y a propósito de los términos que designan un determinado afecto, esto siempre se va a acompañar de un a posteriori identificante. El lenguaje impone al sujeto una serie de términos que son los únicos que permiten hablar el afecto sentido. De esta manera, existirá un mismo signo que remite a referentes cuya equivalencia no se garantiza, lo cual para la autora, redoblaría la violencia que el “tener que hablar” le impone a la psique. Nada le asegura al sujeto que eso que él denomina “verde”, sea perceptivamente igual para otro sujeto. Es por esta razón, que el sujeto oscila entre los momentos de certeza y los momentos de duda y llega a establecer una transacción con ese sector del lenguaje. Esto protege la economía de sus catexias en el campo de los afectos y en el campo de la significación (Aulagnier, 2001).

Aquí, es donde se juega la constitución del sentimiento. Como señalará la autora: *“Lejos de reducirse a la designación de un afecto, el sentimiento es su interpretación en el sentido más vigoroso del término, que liga una vivencia inconocible en sí a una causa que se supone acorde con lo que se vivencia.”* (Aulagnier, 2001, p. 142). Lo que se pierde con la introducción del sentimiento, sería el precio por acceder a la cultura y al lenguaje. Es en este plano donde opera la violencia primaria.

En el registro del afecto, la enunciación anuncia una relación y ésta se designa mediante un único término. En este campo, todo significativo designa implícitamente una

denominación identificante y constituyente del Yo. *“En efecto, la constitución del Yo sigue paso a paso la sucesión de las denominaciones mediante las que el Otro nombra su relación afectiva con el sujeto, denominaciones que, en forma sucesiva, el sujeto esperará, inducirá o rechazará.”* (Aulagnier, 2001, p. 147). De esta forma, el acto de enunciación de un determinado sentimiento, es al mismo tiempo enunciación de una autodenominación del Yo. Así, el Yo surge a través del a posteriori de la nominación del objeto catectizado, lo que implica, al mismo tiempo, el descubrimiento del nombre del objeto, así como del vínculo que lo une al sujeto. El yo, entonces, está formado por el conjunto de los enunciados que hacen decible la relación de la psique con los objetos del mundo exterior por ella catectizados.

Otro de los conceptos de la autora que me interesa revisar en este escrito, es el de contrato narcisista. Éste, pone de relieve algo que se sitúa fuera de lo familiar, nos muestra otro factor que juega en la forma de catectizar a la cría por parte de la pareja parental. Esto, implica una reflexión en torno a la función metapsicológica que cumple el registro sociocultural. Como registro sociocultural la autora entenderá *“...al conjunto de instituciones cuyo funcionamiento presenta un mismo rasgo característico: lo acompaña un discurso sobre la institución que afirma su justificación y su necesidad. Este discurso designa para nosotros el discurso ideológico.”* (Aulagnier, 2001, p. 159).

Ante esto es importante tener en cuenta cuatro consideraciones:

- 1) Por un lado, la relación que establece la pareja parental con la cría lleva la huella de la relación de la pareja con el medio social.
- 2) El discurso social proyecta sobre la cría la misma anticipación característica del discurso materno.
- 3) El sujeto debe encontrar en ese discurso referencias que le permitan proyectarse hacia un futuro.
- 4) El conflicto, que quizás existe entre la pareja parental y su medio, puede confirmar ante la psique infantil, la identidad entre lo que transcurre en el exterior y su representación fantaseada.

De esta manera *“Al adherir al campo social, el sujeto se apropia de una serie de enunciados que su voz repite; esta repetición le aporta la certeza de la existencia de un discurso en que la verdad acerca del pasado está garantizada, con el corolario de la creencia en la posible verdad acerca de las previsiones del futuro.”* (Aulagnier, 2001, p.

162). La catectización del modelo futuro está en consonancia con el modelo del origen, por esto, toda descatectización del primero repercutirá en el segundo. La designación que se le hace al sujeto de parte del grupo privilegia los atributos compartidos por el conjunto, indicando en cada voz los enunciados que el sujeto tiene derecho a repetir y afirmar como verdaderos, con lo que se asegura y reivindica su derecho legítimo de herencia y de pertenencia. El grupo puede preservarse sólo en la medida en que los sujetos implicados catectizen un mismo “conjunto ideal”, es decir, un conjunto en el que el sujeto pueda proyectarse como “sujeto ideal”. Este sujeto ideal está referido al grupo, por lo que es distinto del yo ideal y del ideal del yo. El “sujeto ideal” se refiere a la idea de él mismo que el sujeto demanda al grupo, como concepto que lo designa como un elemento perteneciente a un todo, que reconoce en éste una parte homogénea. De esta forma, el sujeto mediante su voz se hace parte del “coro” –que representa al grupo- y parte de su libido narcisista se juega en los enunciados del grupo. Esta constitución se basa en un modelo ideológico.

El contrato narcisista se realiza gracias a la precatectización del grupo hacia la cría. Se le provee a la cría de antemano un rol de sujeto de grupo.

Siguiendo con el planteamiento de Aulagnier (2001), los signatarios de este contrato narcisista son, por un lado, la cría y, por el otro, el grupo. *“El discurso del conjunto le ofrece al sujeto una certeza acerca del origen, necesaria para que la dimensión histórica sea retroactivamente proyectable sobre su pasado, cuya referencia no permitirá ya que el saber materno o paterno sea su garante exhaustivo y suficiente.”* (Aulagnier, 2001, p. 164). De esta manera, el tener certeza del origen es una condición necesaria para la historización.

Para finalizar, la autora señalará que el contrato narcisista es una premisa universal pero cuantitativamente es singular. Al mismo tiempo, la ruptura de este contrato puede tener consecuencias directas sobre el destino psíquico de la cría –el caso más extremo sería la psicosis-.

## 5.- Mignon, Dmitri Karamazov y la violencia que des(a)nuda.

*“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, tentador para los ojos y deseable para lograr inteligencia, y tomó su fruto y lo comió compartiéndolo con su marido que estaba con ella. Y abrieronse los ojos de ambos y se dieron cuenta que estaban desnudos...”*  
(Génesis 3: 6-7)

La civilización, en palabras de Freud (1913b), nace cuando los hermanos -luego de asesinar al padre- erigen un tótem y formulan las dos prohibiciones fundamentales de la cultura: la del incesto y la del asesinato al padre. Es decir, el padre muerto retorna en forma de ley. En la sociedad moderna actual podríamos situar en el lugar de esa ley al Estado, el cual mediante su figura nos viene a recordar aquel momento mítico de la civilización en la cual estos hermanos formaron este pacto para poder vivir en cultura. Sin embargo, la historia nos muestra que este pacto se ha roto. Como mencioné en la primera parte de este escrito, Freud (1915b) identifica como primer evento de esta ruptura a la primera guerra mundial. Sin embargo, una vez ocurrido esto el pacto se quiebra sistemáticamente y sus consecuencias se pueden seguir apreciando incluso en los tiempos de “normalidad”. Esto nos obliga naturalmente a re-preguntarnos por el malestar en la cultura dada esta especificidad.

De esta manera, lo que nos convoca en este escrito es el problema de la violencia y la pregunta por la clínica cuando el Estado falla, es decir, cuando el ente regulador de las elevadas normas éticas y sociales –como diría Freud- es el que quiebra el pacto social y deja a los sujetos a la deriva.

En el caso de Chile la dictadura militar de Pinochet dejó diversas secuelas, pero una de las más importantes es la imposición de la constitución de 1980 que hasta el día de hoy rige al país. Es decir, durante la dictadura militar, un tiempo que podríamos situar en la falla del Estado en el quiebre de ese pacto, se instauró el marco legal y jurídico que rige a todos los ciudadanos del país. Sin embargo, las consecuencias de este quiebre no sólo se evidencian durante un periodo particular –como por ejemplo, la dictadura militar- sino también en el periodo siguiente. A estos momentos que vienen luego del quiebre del pacto les denominaré retoños.

Uno de estos retoños es la manera en el que el Estado a través de su sistema jurídico, se inserta en los sectores populares para observarlo todo y desde ese lugar dictar una determinada condena. Una de estas “condenas” posibles es la derivación a terapia psicológica. Las causas de esta derivación son múltiples, entre las que se cuentan la formación de “habilidades parentales”, “el control de impulsos”, etc. Ante esto nace la pregunta ¿cómo afecta en el quehacer del psicólogo que el paciente este “condenado” a terapia? Ahí donde la violencia atraviesa al paciente la clínica tiene que poder dar alguna respuesta.

### *5.1 .-Entre Mignon y Dmitri: los recovecos de la violencia*

Como revisábamos en el tercer capítulo de este escrito, uno de los personajes que nos presenta Assoun para pensar al sujeto de la exclusión es Mignon, de la obra de Goethe “los años de aprendizaje de Wilhelm Meister”. Esta novela es una “novela de formación”, para muchos es considerada la máxima expresión en su tipo (Salmerón, 2008). De esta manera, se presenta a su protagonista como un sujeto en constante formación y aprendizaje, y es en el inicio de este camino formativo cuando nuestro protagonista se encuentra con Mignon.

En primer lugar, Wilhelm aparece en el pueblo donde se encuentra con Mignon por casualidad, ya que no es uno de los poblados que debía visitar para cobrar las deudas que los comerciantes tenían con su padre. Wilhelm sólo se dirige a ese pueblo porque es el único “iluminado por el sol” cuando en el resto de las ciudades había lluvia. Cuando Wilhelm entra al pueblo ve a Filina, mujer guapa y atractiva que representa la feminidad, la cual lo invita a subir hacia su lugar. Es entonces cuando Mignon interrumpe el camino de Wilhelm hacia Filina. En esta ocasión no intercambian palabras, mas a Wilhelm le cuesta resolver si se trata de un niño o una niña. Finalmente, él resuelve que Mignon es una niña.

Ante la pregunta de Wilhelm –la primera vez que tienen contacto, luego del “show” de Mignon- ¿Cómo te llamas?, Mignon responde “**Me llaman Mignon**”. En esta escena se introduce el otro que nombra de cierta manera, y que interfiere en la formación del Yo. El autor resalta esta característica de este personaje, al presentar a Mignon como “a la deriva” del otro.

Más adelante, en la historia al regreso del paseo con Filina, Wilhelm descubre a Mignon siendo golpeada por su jefe, ante lo cual interpone y amenaza “déjala en paz o de aquí uno de los dos no sale vivo”. Mignon se había negado a hacer “la danza de los huevos”. Luego de esta escena, el “dueño” de Mignon, le ofrece a Wilhelm vendérsela lo que se concreta esa noche. Es importante el detalle de que Mignon no habla bien el alemán y lo mezcla con el francés y el italiano, haciendo una especie de “nueva lengua”.

La danza sobre huevos es el escenario para que Wilhelm entienda sus sentimientos por Mignon. Quería con “amor parental” despertar en ella la alegría de vivir. En ese momento le señala que le comprará un vestido nuevo. Esta escena es trascendental, ya que demuestra que Mignon sólo realiza esta danza en la intimidad y para las personas que ella estima conveniente. Esto es evidente, ya que cuando Wilhelm la rescata de su antiguo dueño a ella se le está reprendiendo por el hecho de no querer hacer la danza. Más adelante en el texto, también se negará a hacer la danza frente al Conde. Al hacer la danza, Mignon con los ojos vendados, baila al ritmo de la música encima de los huevos sin pisarlos ni quebrarlos. La primera vez que Mignon realiza esta danza para Wilhelm, lo hace para subirle el ánimo luego de una decepción que él mismo había tenido con Filina. En esta escena a Wilhelm besa a Mignon y a ésta le da una especie de “ataque histérico” (Assoun, 1999).

Luego de esto, se estructura una verdadera relación padre/hija entre Wilhelm y Mignon. Ella le interpreta la canción del “país anhelado”, el “país del limonero en flor”. Wilhelm traduce esta canción al alemán con lo cual pierde su encanto, ya que la canción hace referencia a Italia., Mignon pide que Wilhelm la lleve ahí y cuando éste le pregunta si alguna vez ha estado en ese lugar, ésta permanece callada. Posición enigmática respecto al lugar, al parecer es más un ideal que un lugar real. Nunca sabremos si es que Mignon estuvo en algún momento en Italia, pero lo que más anhela es estar en el país donde florecen los limoneros.

Mignon pareciera poner de manifiesto de manera precisa lo que Assoun conceptualiza como el “sujeto de la exclusión”. Quizás, una de las cosas más oscuras que aparece es que Mignon desde su lugar de “la miseria hecha carne” es necesaria para el camino formativo que recorre Wilhelm.

Del lugar de Mignon me gustaría rescatar algunas consideraciones que nos permitirán pensar el concepto de violencia y cómo ésta hace efectos en las distintas

disposiciones psíquicas de los sujetos. Wilhelm conoce a Mignon casi por azar, ya que esta “irrumpe” en su camino hacia Filina, la mujer que representa lo femenino. Al mirarla no sabe si es niño o niña lo cual genera una curiosidad indescriptible en el protagonista. Lo que aparece es el enigma de la sexualidad. Lo más notable de esta escena es que es él quien decide, o quien introduce la sexualidad en Mignon catalogándola de “niña”.

Más tarde, cuando Wilhelm le pregunta su nombre, la niña responde “me llaman” Mignon, lo que marca la importancia del otro en esta designación. Es como si la condición de existencia de Mignon es que el otro la nombre. No hay que olvidar, de la misma manera, que Wilhelm compra a Mignon, es decir, le pertenece por derecho.

El talento de Mignon es literalmente “caminar sobre huevos”, lo que nos presenta una imagen de una fragilidad persistente, porque si bien no pisa los huevos, lo que genera la espectacularidad de la presentación, es la angustia que genera en el espectador la posibilidad de que la niña finalmente quiebre un huevo. Es como si Mignon siempre estuviera caminando al filo. Y es en ese escenario que Wilhelm reconoce su deseo de hacerte sentir con su amor, la alegría de vivir, una alegría que le pertenece a él, pero que quiere reproducirla en su “nueva hija”. En esas circunstancias aparece Italia como el destino, el país del limonero en flor, un país que no sabemos si Mignon ha visitado, pero que sin embargo aparece como un horizonte ideal. En esta misma escena Wilhelm le ofrece a Mignon mandarle a hacer una nueva vestimenta, a lo que la niña responde “sí, una de tu color”. Aparece la imagen de la vestidura como una especie de “re-nacimiento”.

Hacia el final del segundo libro, cuando Wilhelm finalmente decide irse de aquella ciudad que le había traído pesares, Mignon identifica en él el talante nostálgico e interviene

*“-Señor –exclamó- si tú estás triste, ¿qué será de Mignon?*

*-¡Adorable criatura! –dijo mientras le tomaba la mano-, tú también eres uno de mis pesares. Debo marcharme.*

*Ella lo miró a sus ojos en los que había lágrimas mal contenidas y se puso de rodillas ante sus pies. Él tomó sus manos, ella posó su cabeza a la altura de una de sus rodillas y se sintió tranquila. Él jugó con sus cabellos durante unos momentos y fue muy*

tierno. Finalmente él sintió en ella cierto estremecimiento que poco a poco fue apoderándose de todos sus miembros.

*-¿Qué te pasa Mignon? –Inquirió-, ¿Qué te sucede?*

*Ella enderezó su cabecita y lo miró y de pronto señaló al corazón con un gesto de dolor. Wilhelm la levanto y ella se estrechó contra su vientre y él la abrazó y la besó. Ella no le contesto con ningún gesto: ni le apretó con fuerza las manos, ni hizo ningún movimiento. Puso la mano con más fuerza en su corazón y profirió un grito acompañado de convulsivos movimientos de su cuerpo. Se incorporó y enseguida cayó ante él como si todas sus articulaciones se hubieran roto en un momento". (Goethe, 1796, p. 219-220).*

En esta escena se puede reflejar esta suerte de unión mortífera que existe entre Mignon y Wilhelm. Éste último sabe que debe dejarla para poder continuar, sin embargo a ella se le presenta un dolor insoportable al momento de saber que su "padre" la deja. Un dolor sin palabras, acompañado de lo que Assoun define como un verdadero ataque histérico.

Mignon pareciera ser una construcción perfecta de la marca de la violencia sobre un sujeto pero, por sobre todo, representa una interrogante para Wilhelm, el sujeto en formación que se apiada de esta pobre criatura. El reverso enigmático y opaco de este genuino deseo es la encriptación de Mignon en su lugar para que Wilhelm pueda seguir por su camino formativo. Si en la clínica de la exclusión nos encontramos con pequeños "Mignones" como lo presenta Assoun, ¿qué tiene que decir el terapeuta respecto a la escucha de la miseria y los peligros que esta conlleva?

Para complejizar el escenario respecto al pensamiento sobre la violencia me gustaría presentar a otro personaje literario en una escena particular que nos permitirá encontrar el lugar de la resistencia en el sujeto. Este personaje es Dmitri Karamazov.

Una de las obras más importantes de Fiodor Dostoievski es "Los hermanos Karamazov". En esta novela se relata el asesinato del padre, de estos tres hermanos, Fiodor Pavlovitch Karamazov y el principal imputado por este asesinato es el hermano mayor Dmitri Karamazov, también conocido como "Mitia". Dostoievski se encarga de hacer de la escena de la muerte de Fiodor algo totalmente confuso, a tal punto que sólo



en la parte final del texto podemos enterarnos de quien realmente es el asesino<sup>9</sup>. Sin embargo, Dmitri que se encuentra en la escena del crimen solo unos minutos antes de que este se concrete, golpea al criado de la casa en la cabeza, provocándole una herida. Al darse cuenta de su acto intenta ayudarlo y al tomarlo queda con las ropas ensangrentadas. Luego, se retira del lugar pensando que efectivamente le dio muerte a ese hombre. Después de esto toma la decisión de quitarse la vida, por lo que consigue un arma, pero antes de esto se va a gastar su dinero a una ciudad vecina donde está su amada Gurchenka, la mujer en disputa entre él y su padre. Después de una fiesta en donde gasta todo su dinero -1500 rublos- en la mañana llegan los oficiales y le detienen por el asesinato de su padre. En ese momento le informan que el criado de la casa se encuentra con vida, lo que le produce alivio.

Al momento de realizarle el interrogatorio ocurre una escena que me gustaría destacar. Los oficiales que lo están interrogando lo obligan a desnudarse completamente. En ese instante Dmitri pregunta si es necesario que los calcetines también de los quite y los oficiales le responden afirmativamente.

*–“Que le vamos a hacer; si es necesario ..yo...-balbuceó Mitia, y empezó a quitarse los calcetines después de sentarse en la cama.*

*Se sentía intolerablemente confuso: todos iban vestidos menos él; cosa rara: desnudo, hasta el mismo se sentía culpable frente a los demás, y, sobre todo, casi estaba de acuerdo en que él, de súbito, se había vuelto inferior a todos los otros, quienes ya tenían pleno derecho a despreciarle. <<Si todos estuvieran desnudos, no sería bochornoso; pero cuando es uno solo y los demás miran ¡qué vergüenza! –Pensaba una y otra vez-. Parece un sueño; a veces, en sueños me he visto en situaciones vergonzosas como ésta>>. Pero quitarse los calcetines hasta le resultaba una tortura: no los llevaba muy limpios, como tampoco llevaba limpia la ropa interior, y ahora todos se daban cuenta. Además, él mismo veía con desagrado sus pies, siempre le había parecido que tenía deformes los dedos gordos, sobre todo el del pie derecho, tosco, plano, con la uña doblada hacia abajo; ahora lo iban a ver todos”. (Dostoievski, 1879, pp. 719-720).*

Lo que se grafica en esta escena, además de la violencia, es la imagen de la desnudez. Como podemos apreciar, para Dmitri la vergüenza provocada por la desnudez

---

<sup>9</sup> Hablamos de Smerdiakov el “hijo ilegítimo” de Fiodor, por lo que la escena cuenta de la misma manera como un parricidio.

tiene que ver más con la diferencia de lugares del par vestido/desnudo que con la desnudez propiamente tal. Y sólo por el hecho de esta diferencia de lugares él se sentía culpable. Además de esto, podemos entender que existe un contexto que facilita la sensación de culpa. El sólo hecho de estar desnudo establece una marca sobre el sujeto al que se está culpando.

Lo que podemos pensar con la inclusión de Dmitri Karamazov a la problemática es la importancia que radica en el aparataje jurídico como gestor y constructor de determinados escenarios. La violencia es la marca de esta construcción.

Como revisábamos en los antecedentes, se establece que la violencia opera ahí donde el sujeto no puede escapar, aunque lo quiera. En este caso Dmitri –como presunto autor del asesinato de su padre- es obligado a desnudarse, con una salvedad que la aclararemos más adelante. Mientras, me interesa detenerme en este punto, ya que en esta ocasión aparece la culpa aparentemente facilitada por la escena y la desnudez.

En el contexto de una clínica de la exclusión –atravesada por la violencia- esta imagen se repite continuamente, sobre todo pensando en los pacientes que vienen derivados de tribunales y que dentro de las condiciones de su “exculpación” está el asistir a una determinada terapia psicológica.

Son las distintas instituciones que se encargan de desnudar progresivamente a estos sujetos, haciéndolos parte de la violencia, llenando de distintos significantes las producciones de los mismos, haciéndolos hablar de una determinada manera<sup>10</sup>. Por lo tanto –y al igual que en el caso de Dmitri, muchas veces nos encontramos con sujetos que de alguna u otra manera se sienten culpables frente a la ley.

De esta forma, y en un primer momento, el psicólogo no queda exento de este andamiaje de violencia institucional. Los pacientes lo miran como un juez al que deben demostrarle, con hechos y buena conducta, que ellos no son aquello por lo cual se les derivó a terapia. Es como si, en un primer momento, el tribunal se trasladara al box y se repitiera la escena.

La pregunta entonces es por la realidad, de qué manera la realidad afecta la escucha y pone ciertas condicionantes al espacio terapéutico. Quizás, la respuesta más

---

<sup>10</sup> Me refiero al discurso técnico propio del aparato jurídico. Por ejemplo “inhabilidad parental”, o “descontrol de impulsos”.

sencilla –y la más común- es identificarse con el lugar de la ley, exigiéndole al sujeto que cumpla su condena y que aprenda –desde la experticia del psicólogo- a ser un buen padre o a tener el control de sus impulsos, por ejemplo. Es decir, uno de los caminos es desde el lugar del saber perpetuar el espiral de violencia proveniente del resto de las instituciones.

Esa misma violencia es a la que es sometido Dmitri al ser declarado culpable del asesinato de su padre. En la imagen de la desnudez aparece de una manera descarnada el cuerpo. Dmitri se avergüenza por sus pies y la forma de sus dedos, la ropa interior y los calcetines no los llevaba limpios como él hubiera querido. Lo que aparece en esta escena es la intromisión violenta de un poder que es sordo y ciego ante los reclamos de aquellos que son sometidos.

Por esta razón escogí la imagen de la desnudez para metaforizar lo que sucede con los pacientes que se sitúan dentro de la “clínica de la exclusión”, una clínica atravesada por esta violencia que se introduce en las vidas de los sujetos excluidos y poco a poco los va dejando sin sus vestimentas –materiales y simbólicas-.

Sin embargo, existe un detalle que hasta este momento he pasado por alto. Dmitri al ser obligado a desnudarse, resiste a esa violencia, preguntando si es necesario incluso que se saque los calcetines. Es decir, hay algo que Dmitri no legitima del acto que están cometiendo los oficiales que lo detuvieron. A partir de este acto de “resistencia” Dmitri tiene una reflexión en las cuales se incluyen afectos como la culpa y la vergüenza. ¿De dónde vienen estos afectos? A simple vista pareciera ser que es la escena la que proporciona estos sentimientos en Dmitri, sin embargo, no tenemos que olvidar el resto de la construcción que nos proporciona Dostoievski, por lo que debemos reconocer en Dmitri un afecto parricida.

Más allá de todas las conjeturas que podemos pensar respecto a la procedencia de tales afectos, la importancia radica en la escucha. De qué manera somos capaces de reconocer esos atisbos de resistencia que nos proporciona Dmitri respecto a la violencia. Lo relevante, en este sentido, es identificar al sujeto y proporcionar el espacio y el contexto necesario para que ese sujeto pueda hablar y que la palabra circule.

Es ahí donde se juega la responsabilidad ética de la práctica psicoterapéutica. Sin embargo, hay que tener ciertas consideraciones, ya que el problema no estriba solo en

no hacerse parte de la violencia institucional, sino también, y trayendo nuevamente las palabras de Assoun (1999), está el peligro inminente de encriptar al sujeto en su lugar de miseria ideal.

Con esto terminamos el recorrido teórico ofrecido del concepto de violencia en psicoanálisis. A continuación, en la discusión y las conclusiones se intentará otorgar una bajada clínica al problema, que nos permita interrogar de manera más profunda el problema de la violencia y sus alcances.

## 6.- Discusión y conclusiones

Si tomamos en cuenta el contexto que nos ofrecen las teorizaciones de Freud respecto del malestar en la cultura, y las consecuencias del quiebre del pacto social, podemos aseverar que la violencia tiene un lugar importante, y que es necesario darle un espacio, sobre todo pensando las consecuencias clínicas que pueda tener.

Lo que nos preguntamos es por el quehacer del psicólogo frente a la falla del Estado, en cuanto ente que protege y resguarda el pacto social. Ante la falla del estado ¿Qué le compete a la clínica? Considero que esta pregunta no es sólo clínica y metapsicológica, sino que también atraviesa las concepciones éticas y políticas de los terapeutas, y como pregunta que contiene tantos ejes involucrados, es importante entender la densidad y complejidad de la misma. Lejos de intentar responderla, me parece que es necesario que, al menos, introduzca cierta tensión al quehacer terapéutico, con el objetivo de pensar el espacio terapéutico incluyendo la dimensión de la violencia, sus características y cómo afecta la escucha.

A lo largo de esta memoria hemos visto que el concepto de violencia tiene muchas aristas, por lo que está lejos de cerrarse el debate respecto del mismo. Lo importante es tener en cuenta estas consideraciones al momento de pensar a los pacientes, que están situados en un contexto histórico particular y que de alguna u otra forma se ven tocados por las consideraciones teóricas que revisamos.

A continuación presentaré una viñeta clínica que me permitirá profundizar algunas interrogantes que aparecieron en la memoria.

La señora N. tiene 50 años y llega a consulta psicológica por pedido expreso de los tribunales de familia que la envían para fortalecer sus “habilidades parentales”. Antes de enterarme de aquello por medio del informe que emite tribunales, la primera sesión la señora N., que es analfabeta, llega con una ruma de papeles, de los que ella desconoce su contenido, y me los pasa. Acto seguido me informa que la envían de tribunales de familia porque consideraron que ella es “alcohólica y drogadicta” y que por ende no se

puede hacer cargo de su hijo menor<sup>11</sup>. Me pasa la ruma de papeles y me señala que “ahí está todo”. En ese momento le señalo que prefiero escuchar de ella que fue lo que sucedió. Así, me señala lo de “alcohólica y drogadicta”. Ella cree que los jueces dictaminaron eso por su apariencia física, ya que es pequeña y flaca. El resto de aquel primer encuentro, ella me explica que de ninguna manera es alcohólica y drogadicta, que de vez en cuando “se toma una copita de vino”, pero que considera que eso no es suficiente para que su hijo este al cuidado de su hija mayor, con la cual tiene una relación bastante problemática, llegando incluso a enfrentarse con agresiones físicas y verbales.

Lo interesante de esta viñeta clínica es que se pueden apreciar de manera nítida alguno de los postulados teóricos que se revisaron en esta memoria.

Pareciera ser que en un principio la escena es clara, la señora N., tal como Dmitri, está condenada por la justicia que aplicó sentencia debido a su juicio respecto a las “habilidades” que ella tiene como madre. La sentencia es explícita, la señora N. no tiene la habilidades necesarias para hacerse cargo de su hijo, por esta razón se le declara “inhábil” parentalmente hablando. Lo curioso es que la señora N. hace caso omiso a este significativo y pone a otros dos en su lugar: “alcohólica y drogadicta”. Es curioso porque estas palabras son las que a la señora N. le menciona su hija al momento de encontrarse en el tribunal. Es como si la señora N. sin darse cuenta, no escucha lo que dictamina el tribunal, y en su escena solo resuenan las palabras de su hija mayor.

Otra de las escenas importantes de este primer encuentro, es el momento en que me pasa los papeles, y me dice que “ahí está todo”. Esto está directamente relacionado con lo que revisábamos con Assoun (1999) y el impacto que tiene el discurso sobre el sujeto excluido, ya que este dice: “*¿Qué dice usted que soy? Entonces voy a llamarme como usted me llama*”. La palabra esta censurada, la señora N. no tiene voz, pero tiene papeles que elaboraron para hablar de ella, para que aquellos papeles hablen en lugar de ella. El movimiento de inducirla a que ella me cuente lo que sucedió, instauro un espacio de escucha que tiene características particulares y que permiten que ella hable y la palabra circule por primera vez en el espacio. Además de este primer momento, el trabajo terapéutico no está exento de este espiral institucional, ya que tribunales de familia exige que los psicólogos que toman estos casos, cada tres meses emitan informes en los

---

<sup>11</sup> Esto es desmentido después por el informe de tribunales el cual señala que la señora N. había sido negligente en el cuidado de su hijo y que por esa razón se le entrego la tutela de este último a su hija mayor, persona con la cual la señora N. tenía una relación profundamente conflictiva.

cuales tienen que poner las apreciaciones que se tienen del paciente, es decir, una vez más se piden documentos que hablen por aquellos a los cuales las instituciones les han robado la voz.

La pregunta importante que aparece en estos casos es ¿cómo hacer para que la palabra circule? Porque, como revisamos con Assoun, no basta solo con no ponerse del lado del “discurso oficial”, sino también hay que cuidarse de no encriptar a los pacientes en su lugar de miseria ideal. Por esta razón, tomé la imagen de Dmitri, ya que aunque está sometido a todo el peso de la violencia institucional y de la ley, existe un movimiento que nos permite pensar la resistencia que existe en él. Y es partir de aquella resistencia que puede circular la palabra. En el caso de la señora N. el hecho de ser analfabeta contribuyó a la distancia que toma respecto a aquellos papeles que la definen.

Sin embargo, pareciera ser que aquella resistencia se evidencia en las palabras que terminan resonando: “alcohólica y drogadicta”. Esto posibilitó, en sesiones posteriores, que pudiéramos pensar la relación que la señora N. tenía con su hija mayor, que en realidad era el problema y era lo que había ocasionado que ella se separara de su hijo menor. Aquella primera sesión la paciente mencionaba la mayoría del tiempo que ella no era ni alcohólica ni drogadicta, como si yo fuera el juez del tribunal de familia, a quien debía probarle que aquellas acusaciones eran falsas. La importancia que radica en la desmarcación de ese lugar, está dada por posibilitar que la palabra circule. Esa primera sesión le menciono a la paciente que el espacio no es para juzgarla, sino para que hablemos de aquellos problemas que la afectan y podamos pensar en conjunto. Si bien las primeras sesiones la escena es más o menos la misma –ella exculpándose-, luego de aquello pudimos trabajar respecto a las dificultades psíquicas que presentaba que principalmente tenían que ver con la relación conflictiva que sostenía con su hija mayor.

La violencia secundaria, aquella que avasalla al sujeto y que somete al “yo” de la que nos habla Aulagnier (2001), en este caso hacía un efecto directo sobre el discurso de la paciente, que en un primer momento se resiste a hablar, ya que hay otras instituciones que hablan por ella. En ese primer tiempo, el psicólogo no está exento de ese espiral de violencia, y es un deber ético desmarcarse del mismo, para que el espacio cumpla su función terapéutica.

Además, el caso permite poner de relieve lo que significa el proceso de pensamiento. Aceituno escribe –hablando de Arendt, y su teorización respecto al espacio

de pensamiento, en relación a las personas que se plegaron a la ideología nazi<sup>12</sup>- *“Esta opción ética no tendría que ver con un estado de valores suficientemente alto y civilizado, sino con la capacidad del sujeto, decía Arendt, de mantener un pacto del sujeto consigo mismo. Y a eso agregaba, se le denomina pensamiento.”* (Aceituno, 2012, recurso electrónico). Y es de esta forma como me gusta también darle lugar al pensamiento al interior de la clínica, como la posibilidad del sujeto de establecer un pacto consigo-mismo, es por esta razón, que la señora N., quién parece no tener recursos cognoscitivos e intelectuales, es capaz –de una manera escueta e inicial ciertamente- de establecer este pacto para pensar, en conjunto conmigo, las problemáticas psíquicas que le afectan.

Y es en ese pacto que se realiza entre el terapeuta y el paciente, que algunos autores denominan alianza terapéutica, y que definen de la siguiente manera: *“En la alianza terapéutica [el paciente] acepta que tiene necesidad de abordar sus problemas internos y de llevar el trabajo analítico a despecho de la resistencia interna o (particularmente en el caso de los niños) externa (por ejemplo de la familia)”*. (Sandler, Dare y Holder, 1993, p. 42), donde se juega la postura que tiene el terapeuta frente a esta espiral de violencia.

Como apreciamos en el escrito, es difícil encontrar un punto fijo, en la posición del terapeuta frente a esta violencia, ya que como revisamos no basta con solo no identificarse con el discurso de las instituciones, pero me parece que al menos tenerlo presente permite tener una actitud distinta frente a la clínica y el espacio terapéutico. Y es ahí donde radica la importancia de la conceptualización de la violencia, y de la inclusión de la misma en la clínica, teniendo en cuenta la densidad y la complejidad del concepto.

Por otra parte, el problema de la desnudez de Dmitri tiene que ver con una desnudez jurídica, sin embargo, el espacio clínico lleva al sujeto a otra desnudez más opaca: Lo Inconciente. ¿Se podría pensar ese movimiento como una resistencia a la violencia institucional? Lo que me parece es que efectivamente es una resistencia, pero que no la introduce el clínico, sino el paciente. La tarea del clínico, entonces, estriba en descubrir esa resistencia y hacerla aparecer en el espacio terapéutico.

---

<sup>12</sup> Para profundizar esta reflexión se puede leer la columna de Roberto Aceituno “Las paradojas del malestar en Chile” disponible en: <http://www.uchile.cl/noticias/85190/prof-roboto-aceituno-paradojas-del-malestar-en-chile>



Esa diferencia de lugares que remarca el carácter violento a la que hace alusión Dmitri, y que provocan la vergüenza respecto a la desnudez corporal. Sin embargo, la otra desnudez, la de lo inconciente ¿tiene que ver con una diferencia de lugares o está estructurado por el sujeto descentrado y su descubrimiento (de sí)? Precisamente acá, entra la pregunta por la violencia estructurante y la desestructurante. La que anuda y la que des(a)nuda. La dificultad de esta última pregunta radica en lo opaco que se nos vuelve la diferenciación de esas instancias. En Dmitri podemos apreciar un afecto parricida que Dostoievski se encarga de hacerlo manifiesto a lo largo de la novela, es decir, de los tres hermanos Dmitri es el que tiene ese afecto más a flor de piel, por esa razón se le acusa y es casi un delito para los demás personajes creer que él no fue el que procedió con el asesinato del padre. Aquella culpa que aparece en la imagen de la novela, a primera vista parece que está provocada por el contexto violento de la detención de Dmitri, ya que es obligado a desnudarse, y junto con eso a mirar-se el cuerpo, aquel cuerpo que le parece extraño, debido a ciertos defectos que identifica. Pero si hilamos un poco más fino, se puede encontrar algo de ese afecto parricida también en esa culpa.

Por otra parte, la relación que tiene Mignon con Wilhelm Meister, su comprador, y por tanto, su dueño es aún más oscura, puesto que se esconde detrás de un afecto paterno. Ya avizoramos en el apartado anterior que el deseo de Wilhelm hacia Mignon es con amor parental, enseñarle lo hermoso de vivir. Lo oscuro detrás de ese “noble deseo” es que se anula a Mignon y su experiencia, es decir, lo que pueda decir Mignon respecto a la vida no tiene validez puesto que es Wilhelm Meister quién tiene ese saber. De esa misma manera se podría repetir esa escena en el espacio terapéutico.

Lo interesante de pensar en esta aseveración, es el lugar de la castración en la escena. Sabemos por Freud (1923; 1924; 1925) que toda diferencia se inaugura con la diferencia sexual. Desde este punto de vista, el reconocimiento de la diferencia siempre tiene que ver con la castración, con enfrentarnos a aquella castración que significa renunciar al narcisismo tan importante en el ejercicio terapéutico. Y es, pensando en la diferencia y en la castración, que la figura de Mignon se hace importante, ya que aparece como un personaje fundamental en la formación de Wilhelm Meister. Este extraño personaje en el cual la sexualidad no aparece –recordemos que en un primer momento

Wilhelm no sabe distinguir si Mignon es un niño o una niña<sup>13</sup>- y que añora con volver a Italia –el país donde florecen los limoneros y que no sabemos si ella alguna vez ha estado ahí, por tanto aparece sólo como un ideal- es trascendental para el camino formativo de su dueño. La encarnación de la miseria permite a Wilhelm seguir con su camino. Ante esto nace la pregunta ¿de qué manera el observar la miseria protege al terapeuta? Esta pregunta cobra relevancia, porque al mirar al otro en tanto víctima miserable, puede llevar al terapeuta a asumir una posición de héroe que también es violenta, puesto que anula al sujeto en cuestión y le censura la palabra, es decir, se imposibilita la escucha.

Como podemos apreciar, ambas figuras literarias, tanto la de Dmitri como la de Mignon, nos ayudan a profundizar la problematización respecto al concepto de violencia en psicoanálisis, pero de ninguna manera cierran el debate en torno al mismo. Y, aunque el debate no esté acabado, me parece que la pertinencia de pensar el concepto de violencia, tiene mayor relación con la posibilidad de tensar a los terapeutas que pueda dar paso al nacimiento de preguntas respecto de la misma, que con dar una respuesta fija. En esta etapa de las conclusiones decidí enfocarme en la clínica porque es ahí donde resuena el problema de la violencia, sobre todo pensando el contexto histórico en que nos situamos, y el lugar que tiene la salud mental en Chile.

Esto, sin lugar a dudas, nos plantea desafíos para futuras investigaciones, pero al menos ya están sentadas las bases para hablar de la violencia, y pensar cómo ésta atraviesa el ejercicio terapéutico, sobre todo cuando se habla de la clínica en contexto de exclusión social, con un sujeto particular y situada en los límites del malestar en la cultura.

---

<sup>13</sup> A propósito de la diferencia sexual y la castración. En un primer momento este personaje que no se define sexualmente se atraviesa en el camino de Wilhelm hacia Filina, el personaje que representa lo femenino.

## Referencias bibliográficas

- Aceituno, R. (2010). *“Tener lugar”* en “Espacios de tiempo, clínica de lo traumático y procesos de simbolización”. Serie Praxis psicológica. FACSó. Universidad de Chile. Santiago. Chile.
- Aceituno, R. (2012). *“Las paradojas del malestar en Chile”*. Columna de opinión. Recurso electrónico extraído de: <http://www.uchile.cl/noticias/85190/prof-roberto-aceituno-paradojas-del-malestar-en-chile>
- Assoun, P. (1999). *“El perjuicio y el ideal. Hacia una clínica social del trauma”*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. Argentina.
- Aulagnier, P. (2001). *“La violencia de la interpretación”*. Amorrortu editores. Buenos Aires. Argentina.
- Bion, W. (1962). *“Una teoría del pensamiento”* en “Volviendo a pensar”. Hormé ediciones. Buenos Aires. Argentina.
- Busso, G. (2001). *“Vulnerabilidad social: nociones e implicancias de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI”*. Seminario internacional: Las Diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe. CEPAL-CELADE. Santiago. Chile.
- Cabrera, P. (2012). *“Actualidad de las piezas de museo: Freud y la ecuación etiológica ampliada”*. En Revista de psicología. Vol 21. N°1. Universidad de Chile. Santiago. Chile.
- Cabrera, P. y Aceituno, R. (2014). *“Elementos introductorios para una clínica de lo traumático y su elaboración”*. En “Construcciones. Clínica de lo traumático y figurabilidad”. Colección praxis psicológica. FACSó. Universidad de Chile. Santiago. Chile.
- Cabrera, P. (2015). *“Memoria del futuro”*. En “Golpe: 2013 – 1973 Volumen 2”. Editorial Desconcierto. Santiago. Chile.

- Dostoievski, F. (1879). *“Los hermanos Karamazov”*. Edición Cátedra letras universales. Madrid. España.
- Foladori, H. (2000). *“Violencia. La institución del maltrato”*. GRADIVA N°1, ICHPA, Santiago. Chile.
- Freud, S. (1905). *“Fragmento de análisis de un caso de histeria”*. Tomo VII Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1911). *“Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico”* en Obras completas tomo XII. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1913a). *“Sobre la iniciación del tratamiento. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)”*. Tomo XII Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1913b). *“Totem y Tabú”*. Tomo XIII Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1914). *“Introducción del narcisismo”*. Tomo XIV Obras completas. Amorrortu editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1915a). *“Pulsiones y destinos de pulsión”* Tomo XIV Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1915b). *“De guerra y muerte”*. Tomo XIV Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1916a). *“Algunos tipos de caracteres dilucidados por el trabajo psicoanalítico”*. Tomo XIV Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1916b). *“24ª conferencia. El estado neurótico común”*. Obras completas tomo XVI. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1920). *“Más allá del principio de placer”*. Tomo XIX Obras completas. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1921). *“Psicología de las masas y análisis del yo”*. Tomo XVIII Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.

- Freud, S. (1923). *“La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)”*. Tomo XIX Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1924). *“El sepultamiento del complejo de Edipo”*. Tomo XIX Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1925). *“Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”*. Tomo XIX Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1926). *“Inhibición, síntoma y angustia”*. Tomo XX Obras completas. Amorrortu editores. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1929). *“El malestar en la cultura”*. Tomo XXI Obras completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Goethe, J. (1796). *“Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister”*. Edición Cátedra letras universales. Madrid. España.
- Katznelson, M (s/f) *“La Biblia: Hebreo-Español. Volumen I: Pentateuco, Profetas primeros”*. Editorial Sinai. Tel Aviv. Israel.
- Klein, M. (1946). *“Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”*. Tomo III Obras completas “Envidia y gratitud”. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.
- Neumann, E. y López, M. (2012). *“Historia, trauma e historización”*. GRADIVA N°1. ICHPA. pp.39-51. Santiago. Chile.
- Pérez, S. y Arteaga, C. (2011). *“Experiencias de vulnerabilidad: de las estrategias a las tácticas subjetivas”*. Revista Universum N°26 Vol.2, II Sem. 2011, pp. 67-81. Talca. Chile.
- Real Academia Española. (2015). *“Diccionario de la lengua Española”*. Recurso electrónico obtenido de <http://lema.rae.es/drae/?val=excluir>
- Salmerón, M. (2008). *“Introducción”*. En “Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister”. Edición Cátedra letras universales. Madrid. España.
- Sandler, J., Dare, C. y Holder, A. (1993). *“La alianza terapéutica”* en El paciente y el analista. Editorial Paidós. Buenos Aires. Argentina.

Soza, P. (s/f). *"Historizar la violencia"*. Recurso electrónico obtenido de:  
<http://www.psicologiagrupal.cl/documentos/articulos/histovio.html>

Winnicott, D. (1959) *"El destino del objeto transicional"* en "Exploraciones psicoanalíticas I". Editorial Paidós. Buenos Aires. Argentina.

Winnicott, D. (1967) *"Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño"* en "Realidad y juego". Gedisa Editorial. Barcelona. España.